



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

# PHANTASUS

Viaje  
Iniciático

Verdad y Fantasía

Escrito el año 1987

Primera edición electrónica 2006

\*  
\*  
\*

Editor © Rolando Diez de Medina, 2006  
La Paz - Bolivia

“... la entrada en el  
sueño, ese anhelo de ir  
más allá de los  
desconocido, al otro  
lado de la Noche.”

M.B.

1

Soy el narrador, el que todo lo ve, el que todo lo oye pero no puede transmitirlo todo porque está vedado entregar a los hombres más de aquello que por si pueden alcanzar.

Maestro de sombras me ven algunos, otros mensajero de luz. Penetro las almas, estoy en las voluntades, resido en la materia, alimento imaginaciones. Un perfil de ala me acompaña y también un vértice de cuerno ígneo. ¡Guay de quienes no saben distinguir el soplo del espíritu de la carnal insistencia!

Me fué asignado narrar esta extraña historia que enlaza realidad y fantasía, hechos verídicos con reinos imaginarios. Todo es verdad, mentira todo. Las nupcias y los distanciamientos del cielo y del infierno —voy más allá que Blake— se producen sin cesar, giran vertiginosos, orientan los humanos destinos. Entre vacío y plenitud giran los astros, también el movimiento de las almas. Compréndelo.

Dios no ha muerto, contrariamente a lo que intentó profetizar equivocadamente el solitario de Sils-María. EL existió, existe, existirá siempre; sólo que no podemos concebir lo personificarlo ni entenderlo porque está más allá de las magnitudes conocidas. ÉL construye el mundo cada día, el OTRO lo destruye cada noche; y esa lucha sempiterna no se libra únicamente en el alma del hombre, como pensaba el ruso genial, sino también en el ámbito exterior donde se acumulan y contrastan bienaventuranzas y catástrofes.

El cáncer, el Sida, la hipertensión no son solamente designios divinos; son asimismo límites que la propia naturaleza se asigna para frenar la soberbia y la avidez de poder del ser humano.

1

Porque está escrita: cuanto más poderosa y avanzada es una civilización con mayor rapidez se aproxima a su extinción. Y es que todo anda tan confuso, tan sorprendente, que ya no se ven claramente las líneas dimídiales entre Bien y Mal.

La curiosidad sin freno excita y mata después. La voluntad de dominio con mayor razón. Clarividentes y torturados se disputan hegemonías. Los hay que conocen sus fronteras; los hay que ignoran su capacidad territorial. Una historia es pues el reflejo de mil tensiones de fuerza que se entrecruzan y friccionan en sucesión sin término.

Contar es fácil, infundir interés difícil.

Phantasus: el que recuerda, el que describe, el que imagina. Y si se apura el juego de los símbolos aquello que cifra y esconde la llamarada de las clámides del Deseo.

Porque todo es ansiar, perseguir, combate por una idea o una acción. Y cuanto más complicado el personaje mayor el tormento de sus dudas. Hombre y mundo problemáticos: así siempre fué, hoy más enigmáticos que nunca. Estrella, hombre, átomo estructuras siempre iguales y siempre diferentes.

¿Por qué antaño se adoró claridad y belleza y ahora lo oscuro y la fealdad? Narrar un suceso era sencillo, hoy enrevesado, alambicado. Porque el alma devino inabarcable como la materia que domina. Y sin embargo transmitir historias sigue siendo la misión del que escribe.

Soy el narrador. Séanme permitidas muchas libertades, preteridos olvidos, aceptado el doble juego aéreo de realidad y fantasía. Porque todo aparece y desaparece, se hunde finalmente en la Nada. Y sólo sobrevive la rosa inmarcitable de la palabra o la narración que fueron dichas con fervor.

Así sea, para honra de la escritura y su cultor.

## 2

No es verdad que el hombre sea lo más importante de la creación. Porque el sol, la luna, el mar, la tierra, un tigre, un pajarillo, la montaña, una flor, cualquier ser accidente del paisaje o del organismo, toda cosa natural o artificial por mínima que aparezca tiene su mundo invisible de portentos y significaciones; sólo que pocos lo descubren.

Creas haberlo dicho todo. Levantaste ochenta y cuatro mansiones que contienen más de lo revelado a una sola mente. ¿Por qué porfiar en la ochenta y cinco construcción? La codicia pierde al artista pero también lo enaltece: codicia de ser, de expresar, de esculpir en el mármol de la escritura sucesos, pensamientos, imaginaciones, todo eso que bullente, incitante tienta el afán de conocer y transmitir experiencias.

El que escribe crea, fertiliza, ilumina.

¿Qué es una historia? Un pedazo de vida; una sucesión de pensamientos; la luz de oro de una estrella errante; la imagen extática de un trozo de tiempo; el ritmo vertiginoso con que se mueve un átomo; una revelación; recordar un hecho que vuelve; anticipación; todo; nada; talvez...

— "La Doble Aventura de Sandro Petófi" es un disparate.

— Te equivocas; es el esbozo de un relato que bien desarrollado podría convertirse en una buena novela.

— Si tú lo dibujaste ¿por qué no transformarlo en una pintura de plástica vibración?

— No estuve destinado a tal empresa. Otro la realizará.

Títulos, títulos...

"Los tres misterios de Mururata"

"Historia de Huallparrimachi"

"El toro azul"

"Cometa errante"

"Del mar añorado y padecido"

"Aparición"

"Sociedad secreta"

"El vaso aimára"

"Incertidumbre"

Se necesitan alfareros.

Para el antiguo:

- a) Buscar la sabiduría
- b) Practicar la virtud
- c) Amar la belleza.

Para el moderno:

- a) Amor frenético al dinero
- b) Persecución del poder
- c) Delectarse en lo extravagante.

El "Hyperion" irradia más de lo soñado. "Hesperus" entrega menos de lo esperado. "Empédocles: lo perfecto. "Ofterdingen": maravilla tras maravilla.

— ¿Por qué esta dispersión de ideas y de imágenes?

— Calla: sucede en el taller interior del buscador donde todo es permisible.

Para sugerir la atmósfera de un relato: Conrad.

En el arte de crear personajes: Balzac.

Sacerdote del misterio: Novalis.

De Platón a Schelling hay una línea tensa, ardiente, que unos llaman idealismo trascendental y otros magia de las revelaciones.

Hay dos maneras de acotemer una historia; planificando todo, título, argumento, personajes, trama de la acción, desenlace; o bien coger sólo un cabo del relato y dejar que éste fluya por sí mismo entregando paulatinamente el encadenamiento de sus accidentes.

¿Pero se trata de claves culturales o simplemente de narrar un suceso en su clima dramático? La novela-ensayo desvirtúa la pureza original del relato aunque le confiere más hondura y expande la meditación.

— Phantasus: ¿cómo librarme del círculo angustioso de las divagaciones?

— Elige un punto en el espacio, concentra en él tu poder de imaginar, comienza tu historia, el relato fluirá por sí.

— El caso es que no hallo ese punto mágico.

— Si no lo hallas en el espacio exterior hazlo brotar de la más profunda interioridad.

— Estoy falto de inspiración, por fuera y por adentro.

— Mira esa estrella lejana, acércala hasta que te queme el corazón: el tema brotará como un lirio inmaculado.

Así lo hice. Y así comienza la historia de Phantasus, el iniciado intuitivo del Ande inmemorial.

### 3

No sé si los he leído o si los he compuesto estos pensamientos —son tan tortuosos los caminos de la memoria— pero sé que ellos anclaron muy hondo en mi mente. Y son éstos: más allá de su forma soberbia, aterradora, la montaña sugiere significaciones profundas que constituyen una frontera inaccesible para los no-elegidos y para los iniciados surge como el camino, el pasaje hacia lo desconocido... Y es que la montaña por sus valores simbólicos y numéricos es una presencia sagrada.

En otro sentido, acaso más profundo todavía, la montaña guarda los secretos de lo natural y de lo sobrenatural, pues el mundo de los metales es también el Palacio de las Hadas y contiene la clave de todos los misterios. Llama con voz irresistible, atrae más que la piedra imán, es la pregonera del Destino. Saber auscultar sus enigmas.

De niño solía preguntar:

— ¿Qué hay detrás de las montañas; y de bajo del suelo; más allá de las estrellas?

Fastidiado mi padre contestaba:

— No hagas preguntas estúpidas.

Y mi madre, más benévola decía:

—Preguntas cosas muy difíciles de responder.

Si ellos, mis padres y cuidadores hallaban insólita mi conducta ¿para qué seguir preguntando? Me cerré pues en mi mismo y resolví indagar sin guías. Sólo las cosas mismas o los objetos interrogados me ayudaban unas veces a descubrir horizontes insoñados y otras guardaban su misterio negándose a entregarlo. Pero de todas disquisiciones la montaña era siempre el centro mayor de mi atención.

Al principio se trataba únicamente de visitarla, escalarla y contemplar el paisaje desde su cima soberbia y cupular en una suerte de hermandad comunicativa que aproximaba sin palabras. Cada vez que la frecuentaba sentía un secreto placer acrecentado por la soledad que me rodeaba pues nunca quise que compañero alguno participase de mis andanzas. La montaña, entonces, se trocaba en una diosa inaccesible, permitida sólo al único oficiante de su altanera geometría.

Yo sentía circular por mis venas voces casi inaudibles que me parecía brotaban de la dureza mineral de la mole.

Y no es que buscara yo riquezas minerales, tesoros escondidas, grutas encantadas en el interior de los altos cerros. Buscaba algo mayor, enigmático, casi inexpresable, buscaba el misterio de esas catedrales térreas en cuya cima los kollas y los incas erigían sus "pucarás" les

permitían dominar el paisaje y a los hombres. ¿Por qué el indio sudamericano antes de elevar su religión al Sol —el Padre Inti, el Padre Willka— adoró las montañas?

No eran claves íntimas, interioridades escondidas más bien la esencia y la apariencia exteriores las que movían mi curiosidad. Solía detenerme a corta distancia para admirar unas veces las formas armoniosas unas veces y otras veces brutales del monte altanero, esquivo que se negaba a entregar sus secretos. O encaramado en su cumbre me sentía señor del tiempo y del espacio, feliz de haber escalado la espantable altura del coloso.

Antojábaseme estar en presencia de un ser vivo cuyo lenguaje cifrado debía desentrañar. ¿Por qué unas líneas trepan casi verticales para horadar el cielo; y por qué otras bajan rectilíneas como si pretendieran hendir el suelo? Y esos bultos gigantescos que cierran el horizonte ¿no son como los guardianes legendarios de las oquedades andinas?

La montaña, sí: esa cosa descomunal, inesperada que cierra camilla el camino y abre otros nuevos a la imaginación... Ese altar de fuerza y de belleza que incita a las altas proezas y a las búsquedas fecundas. Voz de Dios en la naturaleza inerme.

Yo me sumergía en la gracia joven matinal y en la belleza misteriosa de la noche, esos dos enigmas siempre iguales, siempre nuevos, que el hombre no ha descifrado todavía. Sorprender los rubores del amanecer o auscultar los latidos del fenómeno nocturno constituían mi mayor encantamiento, aunque para llegar a ellos tenía que sacrificar horas de reposo.

Los compañeros de colegio me hostigaban a preguntas:

— ¿Por qué no nos presentas a tu novia? Nosotros te hemos presentado nuestras chicas.

— ¿Por qué la escondes?

— ¿Es tan fea que te avergüenzas de ella; o tan linda que temes te sea robada?

— ¿O talvez no la tienes y sufres en silencio el vacío que para nosotros no existe?

Yo les contestaba:

— Pensad lo que querrais. La tengo pero no la revelo.

¿Cómo decirles que mi novia era la montaña? Me habrían creído loco.

Y era verdaderamente así: todos mis pensamientos, mis deseos de aventuras, mi avidez de conocer los secretos de la naturaleza se cifraban en la forma armoniosa que visitaba con frecuencia, siempre solitario porque una voz oculta me sugería que ella era sólo para mí, augusta, maternal, majestuosa y tierna a un tiempo.

#### 4

Llamábase Rosita. Alta, esbelta, el cuerpo perfectísimo, la cara un sueño, la boca sensual y en los ojos verdes un fulgor atrevido que siempre parecía burlarse de los demás. Andaba por los quince años pero era ya una mujer plenamente desarrollada.

Alegre, ingeniosa, amiga de burlas y de cuentos, despertaba el deseo en los hombres y la furia en las mujeres porque era, verdaderamente irresistible: ¡guay del que cayera en sus redes!

Coqueta endiablada tentaba sin entregarse. Jugaba con los corazones que hechizaba. Ninguno de los muchachos de su edad ni aun los mozos mayores veinteañeros logró acaparar sus favores: era ágil, flexible, ligera, huidiza como el viento, acariciaba a todos con su mirar dardeante y el regalo de su sonrisa insinuante pero nadie podía jactarse de conocer el fuego de sus labios.

Yo, entrando apenas a la adolescencia, era tímido con las mujeres, las temía, callaba en su presencia, y me sentía confuso, cohibido al quedar sólo con una muchacha. No era como mis primas osados, atrevidos que las besuqueaban a mansalva; Alberto, el mayor, solía ufanarse "las mujeres son como las yeguas hay que saber dominarlas." Yo quedaba espantado pues para mí una linda muchacha era un ser maravilloso, un centro de adoración más codiciable cuanto más lejano.

Cierta vez bailando con mi prima Isabel otra preciosidad cuyos rasgos no olvido me dijo: "¿por qué tan callado? no seas tan sonso, anímate, ¿no me encuentras bonita?" Apenas pude balbucir: "sí, claro" y me encerré en mi habitual mutismo. Las mujeres se me antojaban algo misterios, inaccesible. Por ese entonces más que desearlas las temía.

Rosita aunque en ciertos aspectos era toda una señorita gustaba de los juegos infantiles; con mis hermanas y mis primos lo mismo jugaba a ladrones y celadores, al escondite, a la imitación por ademanos o a patear una pelota de trapo. Cuando no hacía el papel de la seductora Rosita era una compañera de juegos deliciosa.

Recuerdo las noches de luna en el parquecito del Montículo. En el amplio kiosco de hierro, después la cena, nos reuníamos los muchachos de ambos sexos del vecindario. Unos se perdían emparejados por la arboleda, otros cantaban, inventaban juegos de prenda, o en veloz carrera saltando bancos volvían al kiosco a recoger el premio de mayor rapidez. Ni faltaban los enamorados que apoyados en el barandas de hierro se limitaban a la mágica contemplación de Selene. Y en medio de la borboteante alegría una guitarra desgranaba sonos tan límpidos y tiernos como jamás volví a escuchar ni en los conciertos más refinados de los virtuosos del instrumento.

En las noches lunadas la Rosita era la maestra de ceremonias, surgía la amazona en ella, nadie la aventajaba en poder de inventiva ni en don de mando. Esas reuniones nocturnas, cuando ella faltaba, languidecían y acababan prestamente.

En el cumpleaños de mi hermana Teresa ella exigió jugar al escondite Expulsada al patio la que debía encontrarnos a todos. Quedé irresoluto en medio de la sala mientras los demás se dispersaban buscando refugio y de pronto me ví frente a Rosita.

— ¡Ven! dijo imperiosa — y cogiéndome de la mano agregaba: a nadie se le ocurrirá buscarnos aquí.

Estrechándonos a más no poder pasamos por la hendidura que llevaba detrás de la pianola. Estábamos separados de todos por el murete de madera del instrumento.

— No hables recomendó la joven — pueden oírnos.

Al principio estábamos lado a lado pero de pronto Rosita se movió con tal destreza que se colocó delante mío. Yo sentí el calor que despedía su cuerpo, sus hermosas caderas apretándose contra las mías, el contacto voluptuoso de su grupa que despertaba ansias desconocidas en mi alma. Era un sueño... No: era verdad, la bella me incitaba sin palabras con el solo contacto ardiente de su cuerpo.

Ella se apretaba contra mí, tal vez esperaba algo que yo, cándido entonces no atinaba a emprender. Vestía una tela de seda que dibujaba bien sus formas, tan tenue que me parecía entrar en contacto con su piel. De pronto la Rosita se movió y empezó un ligero frotamiento de sus nalgas contra mi vientre. Sentí que, miles de agujas me penetraban ansiosas, la mitad llenas de ardor, la mitad portadoras de una extraña alegría. Ella se desabrochó la blusa y colocó mis manos en sus senos redondos y erguidos. El frotamiento con su grupa se hizo más rápido. Creí desfallecer por la novedad del suceso. Instantes de gloria, la apertura a un mundo nuevo, en una intensidad de placer como jamás volví a sentir. Era un incendio pero no quemaba, más bien excitaba, conducía a un reino ignorado que me abría sus puertas doradas... Luego ella hizo descender mi mano izquierda hasta la sedosa hendidura entre sus piernas y se restregó frenética contra mis dedos. Yo me sentía osado y temeroso a un tiempo: ¿por qué lo hacíamos? Era

prohibido pero también tan excitante. ¿Sería así el Paraíso? La Rosita gemía en voz baja, sentí que en el espasmo final se abandonaba desmadejado el cuerpo soberbio sobre mi pecho y mis piernas. Un placer vivísimo nos sacudió a los dos. Mientras ella se componía el vestido me sentí mojado, rubor desconocido me incendió la cara. Y la voz de la muchacha de ojos verdes resonó burlona:

— Tonto, si es lo mejor que hay. Lo haremos otras veces pero jamás lo contarás a nadie.

El delirio sensual con la Rosita nunca se repitió pues la vida nos separó pero jamás pude olvidar la grupa ondulante, los senos tentadores los gemidos en sordina de la Rosita conduciéndome al éxtasis carnal.

Esa noche se me apareció Phantasus que con voz queda murmuro:

— Ten cuidado. Asististe al advenimiento del sexo, pero aprende a distinguir a la mujer de la hembra. Gozarás y padecerás mucho por las inesperadas visitas de la Dama de Fuego: disfrútala mas no te entregues.

## 5

Luché en tres ejércitos: el de los amigos para ayudarlos; el de los adversarios para combatirlos; el de los indiferentes que ni me querían ni, me causaron daño ajenos a mis ideas y a mis sentimientos.

La selva de los hombres es alternativamente tan oscura y tan radiante; lo mismo nos da pesares que alegrías. El don de compartir vida con vidas es inapreciable. La fricción constante con los demás nos hace más varoniles y más sabios pero también nos desgarran y deja cicatrices en el alma.

Amistad: palabra sacra. Enemistad: la maestra oculta. Y al medio la báscula de los que no te permitieron entrar en su círculo ni pudieron penetrar al tuyo. Fueron tantos, tantísimos... La muchedumbre insólita de los afectos, los desafectos y los que pasaron sin dejar huella en tu espíritu. Cielo, infierno y purgatorio en un solo haz de experiencias.

A los enemigos y los indiferentes ni nombrarlos; pero así, en montón un gesto de gratitud porque con su maldad y otros con su desvío me inclinaron a la hombría. Vaya el recuerdo emocionado a los seres entrañables que compartieron tu destino y te brindaron su generosidad y su lealtad.

Amigo: esa rosa del afecto nunca marchita.

Los tuve tantos y tan nobles. Evoco las figuras de Ernesto el condiscípulo, Roberto el atleta, Víctor el artista, Carlos el dandy, José el compañero, Pepe el humorista, Antonio el exégeta, Guillermo el filósofo, Augusto el escritor, Néstor el cosmopolita, el segundo Ernesto el impresor, Bacho espejo de amigos, Hugo el gentleman, Delfín el mejor profesor, René el político, el segundo Roberto el pensador, Gamaliel el erudito, el segundo Carlos el uruguayo, Jorge el poeta, Ángel el español, Jesús el mexicano, el segundo Jorge el argentino, Gonzalo el mosquetero, el tercer Carlos el discípulo, el tercer Jorge el periodista, Willy maestro en todo, el cuarto Jorge el amigo fiel, Eduardo el exuberante, Luis el arquitecto, Alfonso el gran señor, Tristán el luchador, el segundo José el vate, Juan Luis el bardo, el segundo René el residente en Estados Unidos, Giuseppe y Pedro los franciscanos. Juan el médico y el tercer Carlos el argentino y tantos otros que escapan a la memoria.

Descontando todavía a los parientes que nos moldearon y fueron preceptores de conducta. Y los innumerables maestros de la literatura y de las artes que expandieron el universo mental y emocional.

Tres túneles me condujeron a los reinos del saber: el de la naturaleza, el de las personas, el de los libros. Es decir que pagué un precio para llegar a cada uno de ellos.

Aunque parezca extraño el más largo, espinoso y sombrío fué el que llevaba al reino de las personas. Descontando los muchos buenos amigos que lile dieron días radiosos el aprendizaje de la hombría me exigió no pocos sacrificios. Tuve que soportar primero y luego alejarme de traidores, envidiosos, odiadores, rencorosos, malquerientes, émulos innobles, falsos amigos, hipócritas, resentidos. No les guardo antipatía porque sus venablos, sus intrigas, sus desvíos, sus silencios intencionados me enseñaron que el hombre se hace entre hombres transitando el túnel de los despechos con sosegado afán.

Antes de los cuarenta nadie puede saberse individuo redondeado. Son los años, las decepciones, el dolor y el sufrimiento los que nos hacen madurar. En el trato con los demás, unas veces fructuoso, otras frustrado, me reveló que no hay seres íntegramente dichosos ni enteramente infelices. Bien y mal se entrecruzan en las ruedas del destino. Y así necesariamente debe ser.

Para una iniciación espiritual nada como el roce con los otros. El hombre hace al hombre y más que la naturaleza y que los libros son la palabra y la conducta humanas las que nos abren las puertas del mayor conocimiento. Naufragué muchas veces pero jamás perdí la fe ni la confianza en mis semejantes. Siempre por uno maligno hallé diez generosos. El espíritu tiende sus trampas mas también abre sus válvulas de escape.

No exigir al maestro que además sea un amigo y todo un hombre; las tres condiciones difícilmente se dan en una sola persona. Ni entregarse íntegramente a quien parece el más fiel. Fía de tus propias fuerzas, después de las ajenas. En la amistad vale más dar que recibir.

No olvides que en el alma de apariencia más seráfica puede emboscarse el maligno. Y anda preparado para decepciones y desengaños porque esa es ley de vida. Cierto que duelen traición, infidencia, deserción, deslealtad: olvídalas y olvida también al infractor. Nunca falta un nuevo amigo para sustituir al que falló. En la selva de los hombres muchos buenos compensan de la agresión de los malos.

Toma a cada cual como él es no como tu quisieras que sea. En lo esencial sé incorruptible, en lo accesorio tolerante. El arte de convivir consiste en comprender a los demás no en tratar de someterlos a nuestro dominio.

Podría narrar tantas historias sombrías, crueles, hasta siniestras de amistades rotas porque uno falló al otro mas no lo haré; prefiero tender un velo de silencio sobre esas horas que enturbiaron infidelidad y falsedad.

Ser franco no significa revelarlo todo. Hay una zona de intimidad infranqueable que se ha de reservar para sí mismo. La confidencia tiene sus límites. Cuanto menos te fíes menor será el desengaño. Amar a los demás, sí; pero no esperar alas de arcángel en las pequeñas criaturas humanas.

El túnel que conduce al reino de las relaciones humanas es el más largo, el más escabroso, el mayormente sembrado de espinas y abrojos. Y es muy difícil transitarlo porque en tanto el corazón dice: "entrégate", el cerebro manda: "desconfía". Se tarda mucho en recorrer su cavernosa longitud.

En el tiempo crepuscular recordando lo vivido recién podemos comprender dónde estuvieron la buena y la mala amistad.

Porque los túneles que llevan al país de los afectos y los desafectos están pavimentados de contradicciones, tan pronto te desazonan como te regocijan. Y es que la afinidad o el desacuerdo, corceles indómitos, fingen mucho y cristalizan sólo tras toda una vida.

Sé de uno que engañó tanto que pasó extensos años por probó; y otro, tímido, que sólo fué reconocido leal tras largas pruebas. A veces se te antoja que el amigo predilecto habita un

castillo encantado; y otras que el tenaz negador surge hórrido del pantano. ¡Es difícil saber distinguir!

Para el balance final sólo una norma: olvidar a los envidiosos, refugiarte en el buen recuerdo de los que te amaron.

Parece tan sencillo y es tan complicado: llegar a conocer a un hombre. Amigo y enemigo tejen parigual la tela del destino. A la postre tienes que agradecer a uno y otro porque ambos te conmoldearon varón de transformaciones.

Si tuviste muchos buenos amigos, loado seas. A los pocos desleales o persecutores olvídalos. Saldrás del túnel de los desafectos sin que su aspereza y su amargura vulneren tu alma. Porque está escrito: espíritu noble es el que olvida las sombras y se cobija en la luz de los afectos.

La vida es un viaje iniciático que pocos perciben y la mayoría desconoce. Tocante al pasaje por el túnel de las personas sólo al final de una existencia se puede lograr el balance final ¡son tan hipócritas, mentirosos y engañadores los resentidos, los envidiosos y los ingratos que a veces no bastan largos años para desenmascararlos! En cuanto a los enemigos de frente son menos temibles y no es tan difícil combatirlos.

Conforme aprendes a descubrir las leyes del magisterio de la intercomunicación, vas madurando en la ciencia de comprender y manejar a los hombres. Toda persona es problemática —ondulante y variable dice Montaigne— y captar, contactar mantener vivo el comercio de los afectos es igualmente desigual y cambiante.

También sucede que con el tiempo mudan las opiniones: los que creímos consecuentes fallan, los que aparentaban adversarios resultan beneficiosos.

No hayan quejas, todo estuvo bien. La maldad de unos lo mismo que la bondad de otros me enseñaron el arte de subir, caer y levantarme con dignidad. Debo mucho al tráfico incesante con íntimos y transeúntes. Porque el hombre se hace entre hombres como anota el filósofo y cada cual se enriquece con propias y ajenas experiencias.

Lo que más duele: que aquel que te acompañó largos años, por quien hiciste repetidos sacrificios, el que se beneficiaba con todo tu cariño y tu confianza termine desertando de la antigua amistad y se trueque en denostador.

El túnel pluripersonal reserva muchas sorpresas: lo oscuro se hace claridad, la claridad se oscurece y así alternativamente punzante dolor a la trémula alegría. Pero en el fondo no puedes ignorar que tuviste pocos detractores y muchos, muchísimos buenos amigos. La amistad es sol de Dios, merécela y cultívala con fervorosa asiduidad.

Lo mismo que con las personas sucede con la naturaleza y con los libros. Sus túneles aunque menos sombríos y espinosos nos enseñan que el saber es insaciable, mudable, y el sentir asimismo transformable y diverso. Con el tiempo se mantienen inalterables ciertas cosas, determinadas ideas; otras mudan de presencia y de sentido.

Tu intimidad sólo para ti; tu espíritu de sociabilidad y comunicación para todos.

— No tuve maestros, me formé por mí mismo.

—¡Cuán equivocado estás! —dijo Phantasus. En todo ser, en toda cosa hay un maestro oculto; frecuentándolos aprendes, consultándoles te acrecientas. Nadie es por sí solo: vida, mundo, naturaleza, ideas y sentimientos lo conmoldean.

En verdad nunca lo he visto. Ignoro su figura, su rostro, sus ademanes. No sé si es joven, hombre maduro, anciano. Desconozco el timbre de su voz. Nada sé en concreto de él porque parece residir fuera del espacio exterior. Es mas bien un genio interior que me habita cuyo lenguaje fluye silencioso, inadvertido para todos, sólo recogido por mí. Compañero invisible, presencia sin presencia, llega sin anunciarse, se aleja de improviso. Es el maestro silencioso.

Guía sin igual fué para mí el mejor camarada al recorrer el túnel que conduce al reino de los libros, ese extraño camino constituido a veces por grandes espacios abiertos y soleados y otras por cerrados y oscuros trechos que dejan amargura en el alma.

Aunque no siempre PHANTASUS fué el que me eligió las mejores lecturas y me ahuyentó de las malignas.

Si catalogara los libros a los cuales debo sabiduría y regocijo estético sería una relación interminable: fueron tantos, tantísimos. No es aconsejable nombrarlos pues cada cual debe, por sí mismo, seleccionar sus lecturas y discernir el mérito o demérito de los libros que recorrieron sus ojos.

Reino maravilloso el de las palabras escritas...

Hay tres tiempos para leer: el de la juventud, el de la madurez, el de la edad crepuscular. La primera lectura de una obra no revela mucho. La re-lectura dilata los horizontes de la comprensión. Pero si llegas a la tercera visita final de un buen libro recién alcanzarás revelaciones y exquisiteces que se te escaparon en las dos primeras lecturas.

Los hay que piden ser leídos varias veces; otros que lamentamos haber puesto la vista en ellos. Y en general conviene alternar las lecturas profundas, clásicas y bellas con las puramente distractivas, fáciles y ligeras. Porque el mucho saber requiere también las oleadas plácidas del rápido sentir.

El que no tuvo guías ni maestros para asomarse al mundo abismático y vertiginoso de los libros debe orientarse por sí solo. Ocioso sería faccionar listas de obras maestras o modernas; cada cual posee una sensibilidad particular en la pesquisa de sus lecturas, pero es harta cosa que al ansioso de verdad, de conocimientos, de alta literatura lo ayudan unos geniecillos interiores que le acarrearán materiales insólitos, descubrimientos felices, sorpresas inusitadas.

El libro es el gran compañero: niño, joven, hombre maduro, anciano requieren sus jugos vitales. En todo tiempo un amigo, en cada encuentro un maestro.

Para alcanzar los remansos de luz de la fina y depurada lectura tienes que haber soportado también los estragos de la ruindad y la vulgaridad expresiva. De diez libros leídos siempre hay uno que disiente. Para establecer una escala de valores leíbles tienes que cruzar los puentes de lo bueno, de lo malo, de lo mediocre. Invadirlo todo y seleccionar lo útil y lo bello: he aquí la ciencia del lector sapiente.

Hay también una iniciación en el arte de la lectura. Los más aprovechadas son los intuitivos que buscaron y hallaron por sí solos.

El cerebro humano es la más poderosa dínamo de energía que genera la naturaleza somática. Y el libro condensa y expande su poder creativo y receptor encerrando en los estrechos límites de una página impresa corrientes de electricidad que el lector absorbe ignorando cómo se producen y expanden las ondas galácticas del pensamiento.

El intelecto es una fuerza inabarcable en su globalidad. Brota, se apaga, vuelve, huye, retorna, escapa, regresa, así alternativamente y en descargas discontinuas de calibre diferente según sea el potencial pensante de cada cual.

No se ha reparado bien el fenómeno transmisor del pensamiento que por medio del libro esparce la energía acumulada por miles y millones de cerebros. Lo que pensaron, idearon, padecieron, inventaron y disfrutaron muchísimos puede ser asimilado velozmente por los ojos buscadores. Esa fuerza cósmica temible, inmensurable que llamamos el pensamiento es una vencedora del tiempo. Así el lector puede habitar centenares de épocas, vivir miles de vidas, acrecentar sus facultades de comprensión y de ideación leyendo que equivale a penetrar los secretos del universo.

Quien mucho lee mucho padece aunque sus descargas emocionales se vean cruzadas por el júbilo de las revelaciones y los instantes placenteros.

La lectura, bien asimilada, nos hace semidioses. Y el libro es el oráculo que nos descubre la proximidad de todos los enigmas. Jamás podremos pagar la deuda debida a la letra impresa madre de toda ciencia y lenguaje de todo arte.

Hay textos que de asombro en asombro y de alegría en alegría conducen a las puertas del Cielo. Otros de estremecimiento en estremecimiento y de repugnancia en repugnancia llevan a las umbrales del Infierno. Y aun abundan los neutros o incoloros que ni te entusiasman ni te hacen daño; desembocan en el Limbo de la indiferencia y del olvido.

La más peligrosa de las iniciaciones es la lectura: lo mismo puede elevar a las cumbres que precipitar a abismos.

La Biblia: el libro que los contiene a todos.

El Maestro Interior te induce a buscar los buenos textos, pero también Phantasus acarrea de inmensas y misteriosas lejanías obras que sólo entrega al buen buscador. En esa doble corriente de búsqueda y hallazgo se forma el ávido lector.

La capacidad receptora del cerebro no tiene límites: elabora sus grandes arquitecturas mentales absorbiendo la infinita pluralidad de los intelectos que se agrupan como racimos de estrellas en el firmamento de la literatura universal.

El libro: veneno y vitamina indistintamente. Los buenos textos, compendios de universos; los malos, terremotos y derrumbes.

Escritura, imprenta, librería las tres Hadas del pensamiento que se expande por sus varitas mágicas. Siempre un libro en la cabecera de tu lecho, un libro siempre en tus paseos y en tus horas de meditación. Es el compañero fiel.

Los libros son los grandes reveladores, parece que tuvieran las llaves del universo. Lo registran y enseñan todo; y aun más: los hay que abren paso a la vertiente incógnita de lo que no se dijo todavía, son maestros de sugerencias.

¿Inventó Platón el mito de la Atlántida o existió realmente la isla fabulosa? No está dilucidado pero queda el texto escrito atribuido también a Solón y a los sacerdotes de Sais. Como este relato mítico hay otro llamado El Libro del Ande Legendario y Misterioso. Dicen que quien llegue a leerlo podría desaparecer y reaparecer a voluntad. Otros refieren que no ha sido escrito todavía y que sólo existe en un tiempo que aun no ha sido.

He preguntado a Phantasus cual es el mayor don otorgado al hombre y me ha contestado:

—Después de la vida el don de la lectura, pero pocos saben interpretarlo en sus infinitas variaciones. Es el sol que jamás se apaga; para que no queme ni se anuble hay que aprender a graduar la intensidad de sus rayos.

El libro: esa pregunta que siempre tiene respuesta.

En el principio fué la oscuridad. Todo surgía de ella, a ella volvió todo porque del vacío y pesadumbre de sus abismos inenaburables se generan las formas.

Verdad que la divina luz, es la negación de lo oscuro, da línea, contorno y cercanía a las cosas, las herosea con la pincelada de los colores, pero al cabo las claridades ceden al paso de las sombras, diariamente, al caer la noche, y en sentido de eternidad al disolverse las formas.

Las grandes iniciados son aquellos que se internan valerosamente en los misterios de lo oscuro; pero todos ejercemos la iniciación en el enigma de la vida, camino subconsciente que casi todos recorren sin darse cuenta. El aprendizaje de la vida es pues oscuro y nadie se libra de sus riesgos y precipicios. Avanzamos ceñidos por lo negro, lo desconocido.

Nadie sabe cómo es el descanso al eterno Averno en el ultramundo mas hay muchas maneras de bajar a los infiernos en la terrena vida.

Aparte de la fantasía onírica que puede trasladarnos a las más horribles circunstancias existen los sueños despierto, el taladro de las imaginaciones, y algo mayor: las situaciones de dolor, de amargura, de quebrantos materiales y espirituales que hacen temblar aun a los más fuertes.

Lo densamente impenetrable a la vista previene al imprudente: "de aquí no pasarás". Pero el osado, el buscador de revelaciones no se detiene ante el peligro, sigue adelante contra las advertencias.

El viaje iniciático es siempre errátil, no hay brújula, sol ni estrellas para orientarse. Así me ocurrió cuando intenté sorprender los enigmas de la montaña. La había recorrido y escudriñado tanto en el día que ni uno de sus rasgos ni evidencias se escapaba a mi memoria; decían mucho mas no lo decían todo. Entonces quise interrogarla en la exploración nocturna. Cierta noche de luna plena que apagaba la luz de las estrellas fuíme a visitar la mi mole favorita. Su masa inmensa con sus filos agudos dormía el sueño de una catedral gótica. Haciendo acopio de valor y concentrando todas mis energías mentales quise, intensamente, penetrar en su interior. No sé si fuí yo mismo, físicamente entero, o si se trató de un cuerpo astral desprendido de mi realidad somática. No lo sé Pero de pronto sentí con terror que levitaba y ascendía, ascendía por el aire paralelo al terroso reino vertical del monte. Cuando llegué a la cima impelido por esa fuerza misteriosa que me movía sin causarme daño divisé una gran cavidad que me invitaba a penetrarla. Era como la puerta para descender por el interior de la montaña. Penetré en ella alumbrado por una incomprensible luz negra que hacía visibles todos los accidentes del escenario interior.

Pasé por un laberinto de pasajes subterráneos, grutas, lagos dormidos, pendientes, antros circulares, triangulares caídas de estalactitas y estalagmitas, rocas lisas como pulidas por el agua, filos rocosos de punzante agresividad, y aparecían unas como praderas secas, estériles, adustas colinas, ejércitos de piedras que despedían fulgores siniestros. Ni aves, ni árboles, ni especie alguna animal. Pero algo me decía que ese país tenebroso ocultaba un reino invisible habitado por seres escondidos y regido por Thalima, la Diosa del mundo subterráneo que nunca revela su faz aunque hace sentir su presencia majestuosa en los perfiles y relieves del paisaje interior. Seguí descendiendo... Creo que llegué al corazón del gran cerro cuyas palpitaciones me estremecían de espanto. Y en ese instante pensé que el alma del hombre es también como la interioridad del monte un país desconocido, desgarrado por mil accidentes impensados que se articulan y desarticulan alternativamente. De pronto todo aparecía en una terrible inmovilidad, de pronto todo fingía cobrar vida en un movimiento casi imperceptible. La Madre Tierra era pues la Señora de los Supremos y Últimos Misterios... Thalima existe y produce lo mismo los crueles terremotos que los plácidos paisajes del vivir remansado y apacible.

El mundo subterráneo es tan rico y variado como el mundo exterior. Posee las formas más inverosímiles. Se diría un monstruoso ser viviente que enlaza y dibuja diestramente sus aristas. Me parecía sentir su respiración numerosa. Creía percibir los sonidos de un lenguaje cifrado que hablaba sólo para sí. Bruscamente la presencia de ese ser fabuloso se desvanecía y el paisaje chtonico recuperaba sus perfiles intrincados: líneas que se disparan contra líneas, curvas que arremeten contra curvas hendidas que se contraponen a hendiduras, pliegues rocosos en su impasibilidad pétreo, arroyos misteriosos que fluían con mansamente Y con grandes pausas de distancia llamaradas de un fuego oscuro como queriendo hablar. Corrientes de aire helaban el ambiente. Unos como relámpagos de movible verticalidad daban la sensación de descomponerlo y volver a recomponerlo toda. Súbitamente la luz negra se esfumó y quedé sumido en la profunda oscuridad.

Quedé aterrado: ¿qué hacer? Desaparecido el orbe subterráneo se disolvían también las antenas de mis sentidos; no podía ver, oír, palpar, gustar, ni oler nada. Sólo mi mente seguía funcionando angustiada: ¿en qué infierno de negación me había metido? Pensé que la oscuridad térrea era como la oscuridad del alma, comenzamos por no saber nada, iniciamos el tránsito vital desde una cerrazón tenebrosa y sólo poco a poco temerosos, indecisos, nos vamos acercando a las claridades de la inteligencia y del sentido.

Mi angustia crecía conforme pasaba el tiempo: ¿segundos, minutos, lapsos mayores de la medida horaria? Lo oscuro me penetraba implacablemente con sus anillos invisibles. Mis pensamientos corrían vertiginosos. ¿Podría salir del temible encierro? ¿Habría incurrido en la cólera de Thalima al invadir sus dominios? ¿Me estaba vedado descubrir los secretos interiores de la montaña? ¿Era un explorador o un prisionero? Luego me asaltó la idea escalofriante: el infierno debía ser así: soledad absoluta, oscuridad y sin embargo la conciencia despierta para atormentar al condenado. Después me asaltaron las reflexiones de una metafísica trascendental: el planeta tierra tendría cinco mil seiscientos millones de antigüedad, el hombre no llegaría a los dos millones; ¿qué llenaría ese enorme vacío? Y el mi motor incandescente que circula en el mundo subterráneo es tan importante como el agua y el aire en la constitución de la Tierra? Por último me asaltó la meditación terrífica: ¿y si Dios hubiera creado sólo el espíritu; y el universo, el mundo terrestre, la naturaleza física, la materia fuesen sólo resultado de la energía cósmica que se transforma sin cesar y existe desde siempre? No sé o no recuerdo qué ideas más insensatas o angustiosas galoparon por mi cerebro torturado por los dragones de lo oscuro. Grité, pedí socorro ¿pero quien podría auxiliarme en el antro que me rodeaba? Me sentí perdido, irremisiblemente perdido... Entonces acudió a mi corazón una vieja y casi olvidada oración de infancia: rogué al Señor que me salvara de la horrible negritud que me desesperaba, y cuando mis fuerzas y mi vacilante esperanza desconfiaban ya de toda posibilidad de salvación, de pronto la luz negra comenzó a esclarecer lentamente las formas y me ví otra vez en el mundo subterráneo circundado por extrañas formaciones telúricas que daban la sensación de seres vivos.

Cuando volví a la claridad penumbrosa de la luz negra me asaltó el verso del poeta andino:

"Alma que sabe más pues nada sabe!"

Y es así. Todo intelecto superior, ansioso de búsqueda y conocimientos cuanto más abarca menos sabe. Porque todo aun lo mínimo se despliega hacia una infinita magnitud. ¿Que sabemos del universo, de la vida submarina, del interior terráqueo, de los mundos intraatómicos, de la tremenda naturaleza física, de las vorágines del cielo, del inseparable enigma de vida y muerte, de las insondables cavidades del espíritu? Por paradójico que aparezca quien más indaga menos alcanza porque toda grandeza y toda pequeñez se extienden en remotas lejanías que no alcanza el ojo más avizor ni imagina la mente más potente. Cuanta más preguntamos el abanico de la curiosidad se despliega en millones de varillas imposibles de abarcar.

La sabiduría que moderadamente nos lleva hacia la luz, en su insaciable poder de conocer y comprender nos insume en los abismos de vida y pensamiento. En un sentido profundo vivimos en la oscuridad.

— No lo comprendo —dije a Phantasus — cuanto más busco menos entiendo.

— Hay límites para todo —repuso Phantasus — vedada está traspasarlos. A los dioses el sumo saber, al hombre sólo el perímetro ceñido de la sabiduría razonable.

8

Es posible que Parménides tenga razón: “el espíritu y la naturaleza del universo son el Uno que todo lo comprende”. Pero para una comprensión común del hombre y su destino la naturaleza del mundo físico en que vivimos y nuestros cuerpos y almas se diversifican en la infinita pluralidad de las cosas.

Un ejemplo. ¿Por qué políticos inteligentísimos a veces cuando otros toscos e ignorantes se empujan cuando menos piensan? No es sólo ser duro cuando hay que ser duro ni flexible donde se debe ser flexible. Influyen factores endógenos y exógenos. Un suceso inesperado, un hecho nimio pueden torcer el rumbo de una acción predeterminada. También existen la buena y la mala suerte. La mucha o poca capacidad para adaptarse a las situaciones. Intrigas, traiciones, envidias, imprudencias también juegan su parta. Política es un volcán en ebullición.

Política: la ciencia de manejar a los hombres y de resolver los problemas; pero a veces problemas: y hombres arrastran al conductor.

¿Por qué unos déspotas sanguinarios, criminales como Hitler, Mussolini, Trujillo mueren trágicamente y otros tan crueles y perversos como aquellos como Stalin y Gomez mueren en su cama?

Hubieron muchos gobernantes del tipo de los Asoka pero de ellos se habla poco porque el gobernante honesto, bueno y tolerante atrae menos que el dictador maligno y destructor.

Shakespeare intérprete y creador de reyes descifró el alma humana mejor que nadie. Pero la historia de Bolivia contiene personajes tan nobles o maléficos, tan complicados o insólitos que pluma alguna analizó todavía en profundidad. Santa Cruz, José Ballivián, Linares, Melgarejo, Morales, Villamil de Rada, Campero, Arce, Pando, Montes, Saavedra, Tamayo, Salamanca, Busch, Villaruel, Toro, Paz, Siles, Lechin, Barrientos Ortuño, Prudencio, Marof, Moreno, Arguedas, y tantos más darían materia dramática interminable. Acaso sólo mi “Franz Tamayo hechicero del Ande” reveló al hombre y al artista en profundidad. Los otros esperan sus descubridores.

No parece haber nacido todavía el gran dramaturgo que refleje e interprete la tragedia boliviana con sus personajes estupendos y sus acciones desmedidas.

Nos faltan el Balzac, el Ibsen, el Alfieri capaces de encender grandes figuras dramáticas detrás del personaje de todos los días.

La vida es un combate —decía el hombre de Tarsos y a fe que dijo verdad. Grande o pequeño, poderoso o débil, audaz o tímido, inteligente o limitado todos tienen que recorrer y tomar parte en los dramáticos escenarios donde se libra el combate de los días. Esas luchas con sus victorias y sus derrotas, sus treguas y sus arremetidas violentas forjan el carácter y esculpen la figura real del ser vivo. Pero ninguna contienda es más trágica que la del artista con su arte, con los hombres, consigo mismo. ¿Quién conoce las tormentas interiores del verdadero creador? Cordillera remontada de cumbres y abismos su vida transcurre en una atmósfera electrizada de luces y sombras: ¡júbilo estallante de las altas revelaciones, caídas espantosas de la frustración pasajera! Si grandiosa es la lid con el genio interior, no menos grave y acicateante es la batalla con el mundo. El artista debe pelear por su obra primero para crearla, luego para defenderla de críticos ignorantes y de petulantes envidiosos. Centinela celoso de lo suyo el fecundo creador debe defender cotidianamente el fruto de su quehacer. Pocos son los elegidos que recorren triunfales su camino de gloria, muchos los que se frustran a mitad de la jornada, más todavía los que se hundan hombre y obra en la negritud del olvido. El artista es el soldado de su propio destino que cien veces rechazado cien veces debe reponerse y reanudar el combate al que está

destinado. La batalla interior es terrible y bella a un tiempo pero la pugna con el mundo se reviste dura y cruel. ¿Qué saben los ignorantes de las luchas del artista eternamente admirado y envidiado eternamente por la masa informe de los mediocres?

Cielo e infierno para el hombre de acción en la batalla de los días y en magnitud más aterradora para el ser pensante que vive dos veces en el pensar y en el hacer. Hay amigos fieles, críticos probos, admiradores sinceros; como hay también falsos e hipócritas, críticos malignos que atacan o callan, detractores y murmuradores gratuitos. Agradecer el don de aquellos, prescindir de la malevolencia de éstos. A un lado el sendero tranquilo y florido, al otro el abismo tenebroso. Por ambos transitará el peregrino sin sucumbir a los elogios ni temor a las a diatribas. El artista más que el hombre común debe defender su obra; no basta crearla, hay que velar por ella y precaverla como al niño de los peligros circundantes. Mentiroso el artista que dice: “una vez creada y terminada mi obra no la miro más.” Aun el más desenamorado tiene que volver y vigilar por su creación blanco de las flechas y las iras de émulos y resentidos. El genio lanza su obra y la defiende contra el mundo: basta el clásico ejemplo de Goethe que labró su propia estatua en vida. Se acusa de vanidad al artista que difunde y esclarece sus propias creaciones sin comprender que como un padre debe velar por sus hijos espirituales. No es verdad que todo sea fugaz y vano como piensan los pesimistas; al contrario: todo es permanente y significativo mientras late el corazón del creador. No es delito solazarse en la propia hechura. Avanzar, siempre avanzar aunque crábolos y tarántulas crucen por la vía; también palomas y estrellas aguardan al empeñoso. Sin cólera, sin rencor, sin sentirse lastimado por injurias o silencios intencionados el artista de verdad hará su camino seguro de sí mismo. Es el combatiente contra el mundo: solo, valeroso, indoblegable.

Se debe ser alternativamente duro, flexible, generoso, desconfiado, empeñoso, indiferente según se presenten las circunstancias del momento. Adaptarse a lo que sucede es la gran ley de la vida.

— Hay que ser fuerte, audaz, rápido, ambicioso, dominador — dijo el nieto que apenas contaba once años.

Y el abuelo contestó:

— Fuerza, violencia, rapidez, ansia de dominio no ganan las mejores victorias. Saca de ti mismo inteligencia, sagacidad, perseverancia, desprendimiento, paciencia y serás el dueño del mundo.

Está bien abuelo, está bien — pensó Phantasus desde su morada invisible— pero no le quites el entusiasmo acometivo sin el cual no se puede librar bien el combate de la vida.

9

— Quiero ser el más poderoso del mundo — dijo el hombre— y al punto se vió transformado en el emperador de catorce países con trescientos millones de habitantes y sus necesidades y problemas. Pero sus deberes resultaron mayores que sus honores y placeres y hastiado renunció.

— Quiero ser el hombre más rico del mundo — dijo otro. Alcanzó a dominar las riquezas de la mitad del planeta. Mas la codicia de tener más y el temor de perder sus tesoros turbaron sus noches. Y resolvió deshacerse de sus fabulosas riquezas para recuperar la placidez de una vida tranquila.

Quiero ser la más bella del mundo —dijo una mujer. Y fué admirada por todos y envidiada por muchas. Pero mantener su primacía le costaba tantos sacrificios físicos y privaciones, sintiéndose además mordida por el rencor de las rivales, que se despojó de su reyecía y volvió a ser una persona de belleza moderada como hay muchas.

— Quiero ser más inteligente que el más sabio de los hombres —dijo otra. Y absorbió tantos conocimientos y descifró tales misterios que fué tenida por un portento de sabiduría. Pero

el mucho saber y el exceso de estudio aparejaron el dolor de comprender y la tristeza le lo vano del orgullo por lo cual desistió de su inmenso intelecto y retornó a ser una mujer de sentimiento.

— Quiero tener la tienda de juguetes más grande del mundo —dijo un niño. Y fué complacido: vióse en una tienda inmensa como una ciudad de corredores interminables y estanterías colmadas de raros y hermosos juguetes. Pero eran tantísimos que el niño comprendió que jamás llegaría a verlos todos. Y desengañado volvió a sus pocos y gastados juguetes que le devolvieron la alegría.

— Quiero ser el mejor atleta del mundo —dijo otro. Primero fué dichoso, pues vencía en todas las disciplinas deportivas. Nadie podía alcanzarlo ni de lejos. Pero luego se cansó de no tener competidores y sus victorias lo hastiaban. Entonces pidió regresar al estado de un atleta común y el poder competir y el esfuerzo personal le devolvieron la paz.

— Yo sólo le pido al Señor que me deje contemplar todas las noches las estrellitas de las Tres Marías —dijo una jovencita— acaso presintiendo que una representa el reino del entusiasmo que lo mueve y hermosea todo; otra el reino de los recuerdos que enaltecen la vida y evocan los felices días antiguos: y la tercera expresa el reino de la esperanza Que enriquece las horas y promete un mañana siempre mejor.

Y la jovencita fué la verdaderamente dichosa porque la espiritualidad poética supera a todas las riquezas de la tierra, y abre las puertas de la felicidad a todo aquel que sabe ver y conversar con las estrellas.

## 10

Los libros sapienciales y poéticos de La Biblia enseñan mucho sobre la vida, el sentido de la vida, el código moral de la conducta, los deberes y placeres de la existencia, y la transfiguración poética y trascendental de la realidad. Salmos, Proverbios, Libro de la Sabiduría, Cantar de los Cantares, El Eclesiástico san maravillas divinas y humanas. Tienen tanto de verdad como de belleza comunicativa.

El Eclesiastés es la excepción. No dice verdad. Es excesivamente negativo, demoleedor y pesimista, lo ve todo bajo un velo negro. No es cierto que todo sea vanidad ni que el vivir sea polvo y nada. Quita al hombre el entusiasmo y el amor por la existencia y sólo le inculca amargura y desesperanza.

Cinco puntos de oro y una oscuro.

## 11

Para Goethe la antítesis-conexión hombre y naturaleza. Para Schiller la conexión-antítesis ideal y energía. Tu piensas que el binomio esencial es la montaña versus el espíritu.

Releyendo el "Wallestein" se abre el horizonte temático. Escribir una tragedia novelizando la vida y obra de René Barrientos Ortuño, personaje heroico y dramático. Conoces su ascenso vertiginoso, los múltiples personajes que dominó, su ambición de poder inextinguible, su nobleza esencial, su trágica muerte prematura urdida por sus rivales.

El General del Pueblo supera la dureza granítica del héroe alemán porque fué, en el fondo alma buena, generosa y abierta al dolor humano, un maestro de persuasión que sólo acudía a la fuerza como último recurso. Jovial, siempre entusiasta, fué el caudillo lúcido que conocía sus caminos.

Por la bondad de sus fines políticos Asoka. Por la rapidez sirvió de sus decisiones Napoleón. Alma magnánima amó y sirvió a la gran causa de la redención del campesinado. Amó al pueblo pero gustaba también de formar líderes. Valeroso y hasta temerario se acrecía frente al peligro. Difícil describirlo en pocos rasgos porque fué una naturaleza prismática que devolvía muchos al ser observada. Hijo del destino y de si mismo manejaba a los hombres y sorteaba los

problemas con sorprendente seguridad. Buscado y adorado por las mujeres tuvo amigos leales y enemigos enconados. Gran organizador la palabra fué su espada victoriosa para conducir a los pueblos. Anteponele a la figura mezquina y tortuosa de Ovando el fértil intrigante que se movía entre las sombras.

No estaba poseído por fuerzas demoníacas como las grandes figuras del drama europeo de Shakespeare a Ibsen. Emanaba confianza, irradiaba simpatía. Un genio benéfico animaba sus actos. El guerrero daba paso al creador civil, el militar cedía primacía al político.

Cuando consultaste a "Phantasus si podrías acometer la ardua empresa de componer una tragedia inspirada en el General del Pueblo y novelizada en parte, Phantasus contestó:

— No sé si tendrás tiempo, salud y energía para realizar tamaña obra.

Le objetaste:

— Goethe a los ochenta escribía el segundo Fausto.

Phantasus arguyó:

— Goethe es el genio.

Le respondiste:

— Sin que pretenda medirme con el genio germano pregunto: ¿por qué el Señor me ha conservada la lucidez mental en el ocaso de mi vida si no es que me reserva para la tarea postrera?

Phantasus ha concluído:

— Acaso tengas razón. Pero la figura prismática de Barrientos Ortuño y su trayectoria fulgurante por la historia de Bolivia son tan excepcionales que al principio nadie creerá en tu drama. Pero si logras llevarlo a cabo habrás realizado una empresa magna: narrar y fabular la trágica historia del héroe sudamericano que se quemó las alas en la mitad del vuelo de la vida.

11

El Evangelio según San Juan es de los cuatro textos sagrados el más cargado de espíritu, el más nutrido de revelaciones. El lenguaje joánico, claro y enigmático alternativamente, su presta a interpretaciones prismáticas como queriendo transmitir y esconder la verdad. Se diría que el ala del Ángel movió la mano del último evangelista que narra entre destellos de fuego y tempestades de sombras. A San Juan hay que leerlo varias veces venciendo de una en una las cumbres altivas, los abismos vertiginosos, los filos desgarrados de esta cordillera escrita. Viene de Dios, vuelve a El. Cuanto más penetramos en su interior con mayor fuerza nos hiere el dardo punzante de su léxico henchido de novedad. Es el narrador del Misterio.

12

Para los científicos: un astro muerto. Para los soñadores: el eterno prisma de mil ángulos que jamás termina de entregar sus enigmas.

Está ahí para ser contemplada, interrogada, escuchada. Cuando asoma en el infinito cielo su disco de oro es el oráculo natural que originó las remotas teogonías. Los astrónomos la sienten demasiado cerca, los poetas la miran lejana, inaccesible. Diosa de la Noche por el día se esconde o se recata detrás de un velo brumoso que apaga su esplendor.

Gran compañera de los solitarios es la confidente de los amantes. Menguante esparce la nostalgia. Creciente infunde la esperanza. Y en la plenitud de su forma hermosamente redondeada mitiga las penas y entreabre las puertas de la dicha. Su naturaleza esfíngica y hermética deviene comunicativa y reveladora para los oficiantes de lo oculto.

17

La Astarté de los asirios. La Selene de los griegos. La Pajsi de los kollas. La Luna de astrónomos y narradores. La Madre Tutelar de los Imperios Desvanecidos. La Esfinge Inviolada de los tiempos que aun no han sido. En suma: la Diosa del Misterio y de los Sueños. Tuvo —y tendrá— tantos nombres que la ocultan como las nubes de su propio esplendor.

Al Sol no se le puede mirar de frente: ofusca, ciega. A la Luna es dable contemplarla directamente: embruja, encanta.

Su lumbre de un áureo tinte pálido lo reviste todo de majestad y poderío. Descubre aristas escondidas de las cosas visibles, vuelve el alma a las íntimas interioridades del ser.

Cuántas veces nos hemos preguntado: ¿qué hace ese globo armonioso suspendido en el espacio? ¿Qué relaciones enigmáticas enlazan el orbe selénico con el corazón y la mente del hombre? ¿Qué mensajes celestes vierte su luz, tibia sobre la dura tierra? ¿Por qué nos torna pensativos, melancólicos, o nos despierta a una tierna alegría?

Quien no la ha visto surgir lentamente detrás de la Montaña Tricúspide, entregando poco a poco los oros de su rostro como la Reina Desconocida de un país lejano, ignora en verdad los encantamientos de ese encuentro tremulante del astro y la montaña.

Es tanto lo que se ha dicho de ella; es tanto más lo que todavía se dirá... Porque la Luna redonda u hoz afilada en sus períodos variables es en verdad prismática, inaccesible para el espíritu perplejo que la contempla.

Ese amarillo fúlgido o pálido que llamea en el oscuro firmamento. Esa presencia muda que está llamando siempre.

Juguete inalcanzable para el niño. Tema de meditación y para el adulto. De curiosidad para el inquieto. De alivio para el anciano. Confidente de los amantes. Cómplice involuntaria de los delincuentes. Compañera de solitarios y trasnochadores. Clave para el campesino. Terror de los medrosos. Sacerdotisa de hechizos para el poeta. Madre del nocturno embeleso. Hija de la Tierra. Esfinge de las insólitas respuestas y sin embargo inaccesible siempre.

Sugiere el doble enigma de la Vida y de la Muerte.

Suspendida en el vacío es el centinela del imperio cósmico. Se asoma tímida y leve en sus períodos cambiantes. Brota poderosa, imponente, en la oración de la Luna Llena.

Musa inmarcesible, sagaz inspiradora del espacio. Hada de plata. Oros viejos y jóvenes oros en sus transformaciones visuales. La tarde ha muerto, la noche pasará mas Ella llega y huye pausadamente imagen de un nacimiento eterno.

La Bien Amada del fatigado y del desconsolado. Madrina del ensueño. Mitigadora de penas y quebrantos. Sutil concertadora de conexiones misteriosas entre el hombre y el universo.

¡Oh Luna novia del Tiempo, diamante en el Espacio!

13

"Ollanta el Jefe Kolla" y "El Atlante y la Reina de Samos" podrían ser llevados a la pantalla. Se prestan para la adaptación fílmica.

Además tienes un novelín de aventuras compuesto en nueve días "La doble aventura de Sandra Petofi" que firmaste con el seudónimo de Giuliano Ferraro Barzini (publicado en la revista "NOVA" de La Paz) perfectamente adaptable para el cine. Y un guión cinematográfico inédito "El Imperio de los Incas" compuesto en colaboración con el español Pablo Cejudo.

Otros de tus novelas y narraciones podrían ir a la imagen fílmica. Anotación para un futuro probable.

18

No es lo esencial tener muchos lectores ni buena crítica. Lo esencial es que puedas dar vida escrita a tus ideas y a tus imaginaciones. Claro que el escritor tiene la vanidad de ser leído y entendido; se relata para tocar los corazones o para capturar las inteligencias. Ese pequeño creador que rasga el aire con su pluma o se curva sobre la máquina dactilográfica aspira a ganar admiración de quienes lo leen. Cosa humana.

Pero en el fondo lo que cuenta para el artista de las letras es el instante de la creación estética, el goce inefable de hallar la palabra justa, de enredar y desenredar las acciones, de forjar personajes, describir paisajes, urdir hallazgos insólitos, narrar una tesis pensante o contar una historia que cautive al que la sigue. Escribir es un deleite en sí mismo. Y el verdadero literato artista y artesano de su oficio, es el gran comunicante que siempre tiene algo que transmitir. Su decir termina con su vida.

No todos pueden llegar a Ferdusi, Pater o Tamayo pero es siempre provechoso leer a los grandes modelos. También es necesario conocer a los autores contemporáneos aun sin tratar de imitarlos. El escritor ha de ser sincero con su arte, clásico o moderno según lo guíe el maestro interior. Tendencia y estilo brotarán espontáneos como la semilla echada en buena tierra. Nada más detestable que el narrador adicto, sin sentir las a las modas literarias.

Novalis refinado es inimitable. También lo es García Márquez vulgar y ramplón. Melville, Wolfe, Vale —por no citar sino a tres norteamericanos— no transfieren su manera de narrar: inventan a la vez fábula y expresión. La originalidad es brote natural no pieza pre-fabricada. Explorando el mundo, sus seres y sus cosas, ejercitando su mente y su sensibilidad sin presiones ni influencias nocivas el autor fidedigno hará su camino por sí mismo.

Claro está que existen vocación, inspiración y una técnica expresiva que se adquiere poco a poco. Pero el mejor consejo al principiante es este: escribe, escribe todos los días aunque sea una sola página, aunque nada publiques en el tiempo de iniciación. Sorpresivamente surgirá en una hora inesperada el escritor de verdad o se frustrará el mal dotado.

Puede elegir entre el modo lineal, ligero de Pushkin, Lermontov, Turgeniev; o la manera densa, profunda de Tolstoy, Dostoeievski, Andreiev. El realismo de Balzac o el mundo imaginario de Hölderlin. El estilo grandioso esquiliano o la honda humanidad cervantina. El simbolismo del Dante a la sabiduría en frases rítmicas del texto bíblico. Inspirarse en el hexámetro heroico de Homero o en la complejidad del drama shakespiriano. Puede provenir de la didáctica platónica o del idealismo trascendental de Schelling. Ser puramente narrador como Dumas o Warwick Deeping, o espiritualista como San Agustín, Dilthey y Eerner Jaeger. Y por encima de conexiones e influencias misteriosas puede inventar, transformar, reinventar el mundo.

Es el dominador del Tiempo. Puede transportarnos a épocas remotísimas ya olvidadas por el hombre, a imperios desvanecidos, a lejanías ilimitadas. Configura, desintegra y vuelve a construir el mundo presente. Nos proyecta a distancias espantables forjando ficciones inverosímiles del incógnito futuro. También el Espacio le pertenece pues en la infinitud de sus ámbitos cósmicos puede desplazar sus arquitecturas reales e imaginarias.

Sus criaturas ideales, sus diestras narraciones, sus elucubraciones interpretativas pueden hacer felices o desdichados a sus lectores y aun a él mismo. El mundo fantasmal del escritor lo circunda sin cesar.

Escribir es un don de Dios. Pero también el Maligno ronda a la escritura. Distínguelos.

Y refiere Phantasus que el goce de la creación literaria supera tojos los deliquios de las humanas artes.

Estás sentado frente a la máquina de escribir impotente de componer una historia, un relato cualquiera, ni un pensamiento mínimo. Huyó la inspiración. Por desesperados que sean tus esfuerzos se estrellan contra el invisible muro de hielo que se alza entre tu mente y la escritura que no llega. Pasan dos, tres horas, talvez un día. Nada puede sacarte del territorio de la inacción. ¿De qué sirven los miles de páginas que compusiste, las numerosas narraciones que brotaron de tu pluma si ahora eres incapaz de concebir un relato, siquiera una idea? No se ha descrito aun el infierno del intelecto privado de expresión. Angustia es corto decir. Tu arte y tu mismo se hacen añicos. La Musa te abandonó. Náufrago en un mar desolado nadie responde a tu llamado. Una garra de hierro te estruja el corazón. No puedes, no puedes, no puedes...

Es el reino de Belial.

De pronto una lucecita atraviesa tu cerebro. Sigue su huella, persíguela, que no se te escape. No es esquiva, conduce dócilmente. ¿Cómo no la veías? Desgaja letras, palabras, pensamientos: ¡pero si es una nueva historia que acude a tu llamado! El sol de la creación literaria vuelve hallar radiante. Las ideas cruzan como relámpagos tu mente alucinada. Todo se entrelaza armoniosamente. Tu soledad se ha poblado de flores, de estrellas, de almas afines que comparten el reencuentro con la senda extraviada. Tu corazón vibra de impaciencia: ¡hay tanto por decir! El hada de la narración ha retornado. Te sientes capitán victorioso de una batalla que creías perdida. Vuelven la confianza, el entusiasmo, el ardor creativo. Eres otra vez el amo de tu destino, el astro que no mengua. Hay tantas historias hermosas todavía por contar...

Es el reino de Uriel.

Para conocer y entender el contenido y la forma de un libro y el mensaje y sentido de una obra literaria hacen falta la vasta cultura, la penetración psicológica, el genio analítico, la capacidad interpretativa, la intuición estética de Dilthey o Marcel Brion al estudiar a los románticos alemanes.

Estos críticos de primera magnitud —como Lesky, Taine, Muschg, Jaeger, Béguin, Rousseaux y otros — no existen en nuestra América.

Comentarios de los endebles críticos americanos no llegan a dimensionar con amplitud ni obras ni autores. Por regla general, salvando excepciones, el juzgador sudamericana y el boliviano son ignorantones, resentidos, petulantes, están por debajo de los libros comentados. No se atreven con lo superior que los hace enmudecer. Prefieren lo mediocre y lo vulgar. Thunupa, Sariri, Ollanta el Jefe Kolla, Nayjama, Orficus, Montemayor, Imantata, La Teogonía Andina la Montevelo no han hallado todavía intérpretes lúcidos en el Ande. Tampoco las seis novelas y los dos tomos de narraciones que les siguen. Ensayos y biografías tuvieron mejor suerte. No así los fragmentos filosóficos y literarios y menos aun los libros de versos y de prosa poética. El Libro de los Misterios... misterio.

¿Habrá el mismo silencio y comprensión opaca para los cuarenta volúmenes todavía inéditos?

Phantasus ha dicho gravemente:

—Si genios como Hölderlin y Jean Paul no fueron entendidos en su tiempo ¿por qué te quejas? No siempre éxito ni fama visitan al escritor. Mas llegará el día, próximo o lejano, en que un ingenio visionario descubrirá el sentido de tu vida y de tu obra. Si no llegas a conocerlo en la terrestre vida te visitará en el ultramundo.

¿Qué eres en la infinitud del universo?

— Nada.

¿Qué eres en la inmensidad del mundo?

— Un grano de polvo.

¿Qué eres en la morada de tu patria?

— Alguien.

¿Qué eres en la doble energía de mente y corazón?

— Todo.

18

Se puede seguir una línea luminosa que parte de la filosofía idealista de Platón, sigue por la filosofía metafísica de Plotino, se prolonga a la filosofía trascendental de Schelling y termina en la filosofía del espíritu de Berdiaev la única que concilia religión y filosofía aparte de los teólogos.

El misterio es la razón última de la religión y de la filosofía. Los tratados más sagaces, los descubrimientos más insólitos, las interpretaciones más audaces, las teorías y sistemas que aparentan estar más próximas a la verdad en el fondo no pueden explicar qué son Dios, el Ser, el Espíritu, el Mundo, la Vida, el Destino Humano, la Materia, la Naturaleza.

Buscamos, interrogamos, pugnamos por alcanzar las verdades más altas sin comprender que ellas son impenetrables. Pero perseguirlas constituye la tragedia y la gloria del hombre.

¿Qué es el ser? No lo sabemos. No podemos definirlo pero como existe lo vivimos. ¿Qué es el no-ser? Lo ignoramos y como no existe no alcanzamos a vivirlo ni a expresarlo. Hay una íntima conexión entre ambos fenómenos, una fuerza sutil todavía ignorada que los liga y los separa. El triángulo equilátero que conforman los tres conceptos podría ser una de las claves de revelación para descifrar el enigma cósmico y el de la mayor de sus criaturas, el hombre.

"Mysterium tremendum" llamó el pensador al enigma trascendente del ser que nadie ha descubierto todavía.

Se piensa que para una metafísica del sexo hay que captar la contienda entre el principio masculino-solar con el principio femenino-telúrico que la encienden. El hombre es ciertamente la personalidad pero el sexo le hace abdicar de ella y lo reduce, temporalmente a la pura animalidad.

Procedemos de un origen divino que da lugar al alma pero el cuerpo pertenece más a la naturaleza. Y éste es otro misterio que la mente humana no llega a comprender. ¿Cómo otorgar procedencia idéntica al soma y al espíritu si cada uno de ambos finge moverse en reinos distintos?

El subconsciente tira para abajo, el supraconsciente eleva hacia arriba pero el hombre medio a el hombre-masa vive ajeno a las dos corrientes. La búsqueda filosófica es para pocos.

Somos mas no entendemos los porqués. Seguir buscándolos es la suprema tarea del hombre.

19

Decir que era hermosísima y seductora es corto decir porque en realidad se trataba de una mujer extraordinaria. Soberbia la hembra, distinguido el porte, elegante el vestir, altivo el rostro, desdeñoso el gesto. Una diosa griega transportada al siglo XX. Su fama intachable, inaccesible a galanteadores y atrevidos. Cuando algún audaz persistía en perseguirla con la vista ella desviaba la mirada y no volvía a mirarlo. Se rodeaba de una glacial indiferencia. Sólo su marido el conde Fèvres conocía el hechizo de sus encantos.

21

Nadie podía adivinar a la eterna eva emboscada detrás de la gran dama. A los treinta y cinco años en la plenitud de su belleza y su atractivo pudo haber tenido muchos amantes; no los tuvo ni se entregó a nadie. Era verdaderamente inconquistable.

La condesa Diana tenía doble personalidad. Para la familia y la sociedad era la aristócrata fría, altiva, indiferente. Ni las mejores modelos podían competir con su elegancia, la majestad del porte, la gracia sinuosa y flexible de sus movimientos. Era verdaderamente incomparable. Gustaba ser mirada y admirada pero de ahí no pasaba nadie. Seguro de su fidelidad el marido la dejaba en plena libertad.

Pero la segunda Diana que nadie conocía amaba las aventuras, lo desconocido, lo prohibido que buscaba solitaria y secretamente no con frecuencia lo que la habría descubierto sino espaciadamente. Se iba sola a un cine —nunca al mismo, había tantísimos en la urbe— se colocaba en un asiento de palco. Al verla sola nunca faltaba el galán, joven o maduro que se aproximaba a la mujer tomaba asiento junto a ella e iniciaba el juego de las primero tímidas, luego atrevidas conforme advertía la aquiescencia de la dama.

Entonces Diana la inaccesible en sociedad se trocaba en Diana la gozadora de placeres prohibidos en la oscuridad del cinema. Nunca permitió ser besada en la boca pero permitía el manoseo en todo su cuerpo sin dejar que le tocaran el sexo. Entregaba piernas, brazos, muslos, senos, la espalda perfectísima a los toques más audaces. Ella sufría varias veces los espasmos del amor ilícito y cuando veía al varón a punto de desfallecer se levantaba silenciosamente y desaparecía. El desconocido amator jamás volvería a verla.

Las aventuras eróticas de la segunda Diana quedaban en el misterio.

Una tarde de verano calurosa la señora de Fèvres ceñida por un vistoso vestido de seda sin mangas que dejaba al descubierto sus hermosos y bien modelados brazos se fué a un cine de barrio en busca de la consabida aventura.

Estaba sola en el palco y se aburría pues la película andaba por la mitad y nada sucedía en torno a ella. Pensaba retirarse defraudada cuando se movió el cortinaje y un hombre tomó asiento a su lado. Debía ser un experto en el juego amoroso pues prontamente empezó a manosearla. Le acarició las piernas, inclinándose le besó las rodillas seductoramente redondeadas, palpó los senos con delicadeza, deslizó la mano por las caderas rotundas y firmes y el instante en que Diana salía del primer espasmo erótico oyó una voz tenue que decía:

— Quiero besarle la axila.

Tuvo que reprimirse para no soltar la risa, jamás le habían pedido cosa semejante; pero luego la curiosidad la venció. Colocó el brazo derecho extendido horizontalmente sobre el espaldar de la silla del osado y dejó que éste iniciara su acometida. El hombre comenzó a recorrer el incitante brazo con labios ardientes, lamió el hombro soberbio, y enseguida se dió a su tarea. Primero besos suaves al fino vello del sobaco, luego succión de la piel femenina con la boca anhelante, después delicados mordisquillos. Su respiración ansiosa vertía fuego en el pequeño hueco axilar de la mujer. De pronto ella sintió que el hombre más que besarla le chupaba la piel como si fuese a devorarla.

La boca masculina hacía prodigios de voluptuosidad sobre la carne de Diana que se estremecía de placer bajo las caricias del varón, que aspiraba el olor penetrante de la axila antes de reanudar besos, mordisquillos y lengüeteadas en el hueco maravilloso que palpitaba bajo sus labios.

La condesa sintió que entre su axila y su sexo brotaba una corriente desconocida que la encendía de júbilo y la transportaba a un mundo de encantamientos ignorados. "Esto es el cielo..." — pensó delirante. Y en el paroxismo de la excitación sensual dejó que el hombre la besara en la boca anhelante y que la mano audaz subiendo por los muslos entreabiertos le estrujara el sexo casi hasta perder el sentido. Fué una de experiencia fabulosa, un delirio carnal, una explosión de los sentidos que reveló a Diana la hembra soberbia, siempre insatisfecha que la habitaba.

Por extraño que parezca esta vez fué el hombre el que se levantó silenciosamente y desapareció. Nunca volvió a verlo pero la condesa de Fèvres jamás olvidó al desconocido que le habla besado la axila.

20

Siempre tienes siete libros en la cabecera de tu cama que lees por trozos cada noche. Por ahora son como temas de estudio y meditación La Biblia, Vida y Poesía de Dilthey, Obras Literarias Completas de Goethe, Santa Tomás de Gilson, La Destinación del Hombre de Berdiaev; y como lectura de distracción el Kim de Kipling y la Saga de los Forsythe de Galsworthy. Todas re-lecturas. ¿Por qué siempre vuelves a los textos bíblicos, al Ande Boliviano, a los poetas pérsicos y a los románticos alemanes? Leer, escribir, comprender dones de Dios, pero el hombre los desarrolla y los valoriza en plenitud completando la esencia divina con la elaboración humana.

21

¿Son seres vivos, símbolos del ancestro, figuras casi perimidas de un tiempo legendario, reviviscencias del arcano telúrico que despertó tu búsqueda ansiosa del pasado andino? Aquí están, en tu memoria anamnésica, en tu imaginación re-creadora, en tus libros: Thunupa, Pachakuti, Siripaka, Ollanta, Imantata, Pacha el Dios Cósmico del Ande, Kurmi, Illimani, Illampu, Mururata, Wayna--Potosí, Titikaka, Tiwanaku, Copakawana, el Rapsoda de la Teogonía Andina, Huyustus, Saha-Hatha, Sariri, Phantasus.

Como no tenías con quienes dialogar inventaste, vinieron de otros mundos, o por transposición poética de la realidad anímica y de la fantasía fabuladora modelaste las almas-guías, los compañeros ideales: Nayjama el buscador, Sariri el caminante, Mateo Mantemayor, el Maestro de Justicia, Orficus, Martín Lucero, el Anciano de la Túnica Verde, El Monje Azul en el Libro del Sueño, el Arcángel, Huyustus, el Maestro del Ande, Phantasus, Phanty-Aru el de lenguaje florido, Felimín el atlante, Leonardo Lisuarte.

Y no menciones los numerosos personajes masculinos y femeninos de tus novelas, narraciones, biografías y ensayos que todos juntos constituyen una población nutrida y diversa.

Un poeta en verso y en prosa cruza toda tu escritura.

Y María, la Siempre Novia, la Muy Amada, la Inolvidable es la sola señora de tu vida, de tu literatura, de tus creaciones ideales.

Dios te concedió el don de escribir. Tú saliste a su encuentro, lo padeciste, lo disfrutaste, lo modelaste con el doble cincel del pensador y del soñador.

Por siempre sea.

22

No era un malviviente, no había cometido ningún delito, pero en un entrevero de automóviles sacó la lengua y con los dedos de la mano había hecho un gesto burlesco al señor Prefecto y el señor Prefecto, hombre vengativo tenía ordenada su captura. Sucedió durante la dictadura con autoridades duras, perversas, que imponían crueles castigos a sus víctimas. "Si me pescan no me libro de una buena paliza" —pensó Andrés. Y para evadir la persecución descendió de su "Honda" y se internó en el bosque frondoso, extenso, de la región. Aun siendo numeroso el grupo que lo buscaba difícilmente lo hallarían pues él conocía el bosque palmo a palmo, sus cien escondites, sus veredas ocultas detrás del follaje.

Pasarían tres, cuatro horas y la persecución proseguía tenaz pues el señor Prefecto tenía ofrecida buena recompensa a quien apresara al insolente.

Andrés tenía hambre y sed pero comprendía que aun le quedaban horas para burlar —si lograba burlar — a sus perseguidores los cuales dispersos en parejas y armados escudriñaban el paraje activamente.

23

De pronto el fugitivo se vió perdido, había cometido un error introduciéndose a un lugar sin salida hacia el cual indefectiblemente se aproximaban sus persecutores: escuchaba sus voces todavía lejanas. Cuatro de ellos convergían al sitio donde se hallaba Andrés que se sentía ya prisionero de sus captores. El fugitivo los sentía aproximarse lentamente. Inesperadamente una mano invisible lo cogió por la cintura elevándolo hasta la copa de un árbol altísimo que se perdía en la arboleda. Estaba a salvo. Bruscamente un gran resplandor blanco seguido de un ruido seco, aterrador, sacudió el paraje. "¡Es el rayo maldito del bosque que cae sin truenos ni relámpagos. Huyamos!" —dijo uno de los guardias y seguido por los otros tres se alejaron corriendo por la espesura.

Nuevamente la mano invisible cogió al fugitivo por la cintura y lo bajó suavemente hasta depositarlo en el suelo acogedor. El gran resplandor blanco se fué desvaneciendo poco a poco hasta desaparecer en el follaje.

Entonces supo Andrés que Phantasus seguía protegiéndolo.

23

¿Quiénes son y de dónde provienen esos seres enigmáticos invisibles, que nos rodean, a veces nos inspiran, otras nos impiden avanzar, actúan lo mismo de consejeros que de antagonistas, y que únicamente acompañan a pensadores y poetas?

Se piensa en los Maestros del Espacio en los cuales creía la sobrina Karoly. En los Ángeles y Demonios del Cristianismo. En seres que bajan de otros mundos. En personificaciones que surgen de la propia interioridad. En los Arcontes genios malignos del aire. En los Mahatmas de la India. En los Jinas del ocultismo. En los Amautas de los kollas. En el "Daimon" socrático. Y en cien genios más.

No los vemos nunca pero solemos concederles una suerte de personalidad incorpórea. Presencia sin presencia —diría el soñador. Muertos que siguen viviendo. Criaturas de la anamnesis platónica. ¿Quién lo sabe?

¿Brotan de adentro, llegan de afuera? ¿Son muchos distintos unos de otros o solo emanaciones de una misma fuente original? Te son enviados o los generan sentimiento y mente?

Crees comprender que todos son hechuras del Maestro Interior que acicatea el alma.

En tu caso particular se llama el Maestro del Ande. Su cuna la Montaña. Su camino al sepulcro Phantasus.

¿Criaturas ideales o seres vivos que podemos sentir?

Ignoras si te fueron donados o si saliste a su encuentro: estaban larvados en el árbol coposo de tu destino.

El misterio de su cercanía nadie lo ha revelado. Ni podría. Recoger su mensaje es don divino.

24

No existe mayor enigma en la historia de la humanidad que el enigma del Cristo. Su vida, pasión, muerte y resurrección constituyen la historia más bella y patética entrecruzada de dolor y de alegría. El mensaje eterno de los Evangelios jamás agota el río de sus significaciones: es el verbo de Dios hecho palabra. Su ética de redención y salvación se remonta sobre todas las filosofías. El Ser Divino de Getsemaní es el único intermediario entre Dios y el hombre. Su mensaje de amor, de piedad, de perdón y de esperanza regala al espíritu el tesoro resplandeciente de las verdades más altas. Nuestro Señor guarda el misterio revelado e indescifrable al mismo tiempo. Es el único que une el mundo visible con el mundo invisible. El Maestro Fiel que nunca nos abandona ni en el éxito ni en las caídas. *Mysterium Magnum* para

enseñanza, meditación y salvación de las almas. Cristo: El Elegido. Triple milagro divino, cósmico y humano a un tiempo mismo. Rosa de Luz flotando sobre las tinieblas del mundo terrestre.

25

Nada es vano, nada se pierde en el vacío. Todo tiene sentido por la maravilla del instante. Por fugaz y perecedera que sea la vida te ofrece lampos de eternidad. Sus abundantes dones, lo que sientes, lo que piensas, lo que haces constituyen un universo de experiencias que nadie puede arrebatarte. La ansiedad de saber, el poder de creación de la mente y los torbellinos del corazón fueron tus saetas contra la coraza del Destino.

Conociste el dolor, la amargura, decepciones y adversidades, el insomnio de las preocupaciones pero también sosiego, felicidad, ternura y encantamientos del ser. Amor y admiración por todo lo creado fué tu norma habitual.

Ni soberbio ni humillado caminaste sereno en medio del tumulto de los hombres. Falló el filósofo al definir al hombre como gloria y escoria del universo. Tú lo situas planta y estrella en trayectoria de ascenso aunque su final sea descender.

— Dime Phantasus: ¿por qué a todos los maestros-guías que te antecedieron pude verlos, en cierto modo personalizarlos, en tanto tú permaneces invisible y tus palabras no resuenan sino apenas fluyen como larvas dentro de mi mente?

— Porque soy el último revelador.

— ¿Quiere ello significar que recorro el sendero de mi último libro?

— Sólo Dios conoce el término de tus fatigas.

— Mi literatura al modo clásico ¿perdurará en medio de la vorágine desenfrenada de la narrativa contemporánea?

— No importan fama actual ni postrera. Lo que cuenta es haber creado tu mundo ideal.

— ¿Debo estar agradecido por mi vocación de escritor?

— Es una de las mayores. Agradécela.

— Me angustia pensar que la mitad de mis obras quedará inédita cuando abandone el mundo terrestre.

— Familiares y amigos se encargarán de difundirlas. Y en todo caso como las ya publicadas volverán al seno celeste que las generó.

— No me juzgo genial ni mediocre: solamente uno que supo transmitir ideas, narraciones, personajes, imaginaciones. Verdad y fantasía fueron mis hadas bienhechoras.

— Es tu mejor mérito — concluyó Phantasus — Ni acrecentarse ni aminorarse. Sólo uno que hizo su camino.

Finalmente: ¿prevalecieron las buenas o las malas acciones en tu vida? Nadie es buen juez de sí mismo. El Sentenciador Supremo dará el veredicto definitivo. Límitate a pensar que al menos aspiraste a ser buen cristiano, un humanista, un ser de conciencia y de creación. Trataste de conciliar al hombre con el artista; por ambos responderá tu quehacer terrestre.

Puedes mirar el instante postrero con ánimo tranquilo: nada fué en vano, todo tuvo su tiempo y su designio.

La Bien Amada y la Pequeña Beatriz aguardan. Y cosas maravillosas que no puedes imaginar.

25

Memoria, inteligencia, fantasía: seres alados. Y los mundos que creaste seguirán girando cuando tú te vayas.

Y el Ángel de la Buena Muerte, compañero final, te llevará abriendo de la mano y te abrirá las puertas de lo Desconocido allí donde te esperan nueva vida y óptimos caminos.

26

¿Qué es, finalmente el "Ulises" de James Joyce?

Para unos un monstruo de habilidad constructiva. Para otros un caso teratológico de sobreabundancia expresiva.

Libro que pocos pueden llegar al final. Denso, pesado, reiterativo, soporífero. Una narración caótica, desenfadada, obscena, dislocante. Símbolo de la decadencia idiomática y literaria de nuestra época. Juegos acrobáticos del pensamiento y de la forma que lo manifiesta. De cada cien personas que aseguran haberlo leído una dice verdad; las restantes noventa y nueve lo conocen de oídas o por fragmentos críticos.

El desorden lo estructura, avienta la lógica. Todo en sus páginas deviene laberíntico, desconcertante. A veces frases aisladas no exentas de genialidad que se anegan en el torrente de absurdos descriptivos.

Es el mito literario de nuestro tiempo. Usa y abusa del monólogo interior hasta aburrir al lector. Sus epígonos peores que el maestro. Escenario y personajes elusivos se pierden en el tráfago verbal que los envuelve. Abre el camino del adefesio narrativo.

Se diría una burla gigantesca. El autor se mofa de todo y de todos que pasan bajo su mirada inquisitorial y desvergonzada. Arremete contra religión, ciencia, política, ciudades, lugares, personas y costumbres, artes, filosofía, poetas y prosistas, ética y estética, Altas, medias y bajas clases, y por supuesto contra la literatura y contra sí mismo; (el marinero Bloom ignorante y vulgar tiene períodos de erudición y análisis crítico que delatan al propio Joyce).

Se lo comienza con avidez de novedad, a corto andar cansa, molesta, se lo termina por disciplina intelectual. Es inconvincente, no puede ocultar su malicia de libertinaje y resentimiento. Porque el avispa irlandés es un gran resentido contra la vida, contra el mundo, contra sus seres y accidentes. Es el ángel caído que todo lo mira con pupila tenebrosa, funeraria, dentro de un pesimismo lóbrego que anticipa la destrucción del planeta.

El gran réprobo de Dublín es el inexorable negador de cuanto bueno, noble y bello tiene el vivir. Se sale chamuscado del fuego colérico en que arden sus ideas.

James Joyce: el oscuro, el enigmático, debió padecer horrores cuando escribía el "Ulysses" espejo de su temperamento ambicioso y desequilibrado.

Es inconcebible comprender cómo el creador del maravilloso "Artista Adolescente" sea el mismo genitor del atorbellinado "Ulysses" y del incongruente "Velorio de Finnegan."

Su inmenso orgullo se disimula mal tras las audacias despectivas del desorbitado juzgador. En el agujero negro de su prosa desaparece hasta el mínimo rayo de luz y el mundo mismo que describe con sardónica ironía.

"Ulysses": la tumba del disparate literario.

27

Está bien creer en el don divino de escribir, en la inspiración y en las musas y las hadas, en los maestros interiores, en los genios del espacio, en seres visibles e invisibles que nos ayudan, en la anamnesis platónica y en otras cosas que coadyuvan a la tarea de la escritura pero el artista creador sabe que la esencial es el esfuerzo personal, el rendimiento cotidiano, la

26

perseverancia en las búsquedas, la tenacidad en las tentativas. En suma: esa íntimo que forma al artesano de su oficio va y lo va educando y madurando por la constancia del empeño realizador. El escritor se hace escribiendo: no hay fórmula mejor. El soñador ve mundos y seres ideales. El hombre extrae los secretos de la vida y los transfigura en la procesión mágica de las palabras. La escritura es pues un don y una técnica siempre en camino de elevación. Compréndelo.

28

¿Tu buscas el misterio o el misterio te busca a ti?

Es un juego doble, un caminar en avance y retroceso, un ver sin ver, la búsqueda sin término, revelación tras revelación, acierto a veces, a veces equívoco que obliga a enmienda y rectificación "El perpetuo suplicio y encantamiento de las interrogaciones que no conocen fin.

Comenzaste con las preguntas sencillas sobre el mundo visible: la vida, el mundo, sus seres y sus cosas, todo lo que captan los sentidos del reino de la materia y sus accidentes. Después asciendes al universo enigmático de lo invisible, lo que se presiente sin mirarlo, esas mutaciones del espíritu inaprehensibles pero capturables en un sentido misterioso que apenas roza explicación.

Aprendiste mucho de hombres y mujeres, de niños y jóvenes, de adultos y ancianos. De la contemplación de la naturaleza y del paisaje. Leíste tanto, observaste cuanto. Meditaste e imaginaste sin límites... Buscaste siempre en lo inmediato y en las lejanías. Brujas y hadas se disputaron tu alma. Cielo y tierra inextinguibles, memoria y destino guíadores.

Perseguiste, descubriste, inventaste, o descendieron a ti genios del espacio y maestros interiores que bautizaste a tu capricho. Buscabas ¿Qué no buscabas? Y un día inesperado llegó la gran revelación: sin haberte dado cuenta eras el gran iniciado intuitivo, el que sin haber practicado cursos ni ritos iniciáticos alcanzó ciertos enigmas vedados a profano.

Mente, música, corazón: los tres corceles que corren sin descanso. Y la Montaña Sagrada que iluminó tus días.

El Cristo y su divina religión: el enigma mayor. Verdad y fantasía los senderos del soñador.

¡Cuán larga la andadura recorrida; cuántas auroras que no nacieron todavía!

Nada de esto es transferible. Lo profundo y misterioso debe ser descubierto por cada cual. Y dice Phantasus que tu y el Maestro del Ande son un solo ser predestinados a la fusión final.

29

Amigos de toda la vida unidos por entrañable afecto y recíproca confianza sin que jamás una nube turbara su perfecto entendimiento Julián y Recaredo compartieron penas y alegrías, trabajos, placeres y fatigas y hasta casaron con dos hermanas resultando así más estrecha su unión.

Entrados ya a la edad crepuscular el uno dijo al otro:

— Cualquiera de nosotros que se vaya primero regresará para anunciar al otro si hay o no hay otra vida en el más allá.

La mutua promesa fué rubricada con un solemne juramento.

Pasaron cuatro años. Ya los amigos se habían olvidado de la singular promesa. Pero un día Julián partió en el viaje sin retorno y en medio de su inmenso dolor Recaredo pensaba: "él volverá para revelarme lo que hay más allá del muro de la vida."

Transcurrieron varias semanas sin que Julián se presentase al amigo abandonado. Entristecido Recaredo creyó que el desaparecido habla olvidado la promesa.

27

Una noche, a los tres meses de su muerte, Julián se le apareció a Recaredo que leía una novela ya recostado en su cama. Estaba distante unos pocos pasos del lecho y era él, Julián, con su invariable pipa en la boca.

— Apaga la luz —dijo — vaya proyectar dos imágenes.

Recaredo apagó la luz de su lamparilla. En el muro frente a su cama se fué dibujando un paisaje maravilloso, un bosque con grandes claros abiertos. Árboles esbeltos y plantas extrañas de flores exóticas los circundaban. De fuentes soberbias fluía una música suavísima que encantaba el ambiente. Parejas de seres hermosísimos, vestidos con largas túnicas blancas, unos con alas, otros desprovistos de ellas pero todos sonrientes y felices paseaban sin premura mientras una luz rosada brotada misteriosamente iluminaba sus rostros jamás pintor ni poeta alguno podría imaginar escena más bella y conmovedora.

De pronto se esfumó el paisaje idílico para ceder lugar a un gran rectángulo negro, negrísimo, totalmente vacío de formas. Todo oscuro, silencioso, desprovisto de vida y movimientos. Nada, no había ni sucedía nada... Era un vacío pavoroso. Era la nada.

Terminada la doble proyección Julián dijo a Recaredo:

— Una es la vida eterna que vence a la muerte; otra la nada que niega la vida del más allá y desconoce la eternidad. Una de ambas visiones es verdadera, la otra una ilusión, pero me está vedado decirte cual es la verdadera y cual la ficción.

— Entonces no cumples tu promesa de avisarme si hay o no hay otra vida — alegó Recaredo.

— No puedo revelarlo pero te he puesto en camino de encontrar la solución —replicó Julián.

Y al ver la desolación retratada en la cara de su amigo añadía con persuasiva voz:

— Un consejo final: haya o no haya otra vida piensa en ella hasta el último instante de tu existencia terrena, porque la esperanza es el cingulo de oro que liga lo que desaparece con lo que sobrevendrá.

Y poniéndose el índice en los labios como expresando que no deseaba respuesta la figura de Julián se desvaneció en las sombras de la noche dejando a Recaredo perplejo, sin poder conciliar el sueño.

30

De las mil figuras simbólicas, fórmulas mágicas, ideales que te fueron comunicadas a través de tu larga vida, unas por los genios invisibles del espacio exterior, otras brotadas inesperadamente de tu espacio interior, ninguna como esta invocación final Que ilumina los caminos del ocaso:

"El Señor está conmigo, yo estoy con el Señor".

Ella disipa las dudas, ahuyenta los temores, mitiga el dolor, despeja penas y preocupaciones. Es el supremo conjuro que invade el alma de un dulce sosiego, el supremo aventador de zozobras y quebrantos. Repítelo, acude a su respuesta sin término. Que nunca te abandone este hábito del Paraíso.

31

¿Por qué te extrañas? Si escribes apartado de la estética en boga — populismo, lo feo, lo desagradable el lenguaje enrevesado y confuso, seres torturados, retorcidos, trama acrobática,

28

vulgaridad y procalalia — es natural que no llegues al gran público tan sucio de mente como los autores buscados.

Perteneces a la línea clásica de Hölderlin, de Novalis, de Jean Paul: misterio, ensueño, las aristas puras de lo noble y de lo bello, la transfiguración poética de la realidad, el relato claro y lineal, el idioma depurado y musical, lo positivo y sugestivo del vivir y del pensar. En suma: el idealismo mágico de los grandes iniciados intuitivos de naturaleza y literatura.

No has querido seguir a los nietos de Zola que convirtieron su naturalismo brutal en delirio mental exasperante y pagas un precio por haberte apartado de la turbamulta vociferante.

¿Qué es finalmente poesía? La gran maestra forjadora del espíritu. La que nos despierta a la conciencia de la naturaleza y de la vida. Misterio y revelación. El matrimonio de verdad y fantasía. En el sentir novaliano los poetas hacen el mundo y sus seres más claros y diáfanos, son agudos espíritus de luz que penetran todas las cosas. La poesía nos da la divina intuición de un mundo superior. Por la contemplación, el sentimiento y el pensar nos descubre las secretas relaciones de las cosas y la íntima armonía del hombre y del mundo. Es la aurora del alma, su transfiguración y su sentido. Lo que busca la profundidad en las ideas y la perfección del estilo. Poesía es la música del espíritu.

Tu lenguaje literario es de linaje poético en prosa y en verso. ¿Cómo podría el vulgo entender lo y amarlo? Lo depurado se afina para las almas selectas, no para la vulgaridad reinante.

Te fué concedido el don de descubrir y de inventar. Pero las gentes no aman a quienes las capitanean y sólo les rinden homenaje sincero cuando duermen bajo tierra.

La dramática vida de Kleist solitario, incomprendido, asediado por la pobreza, las enfermedades, el rechazo de sus obras creadoras, y las crueles necesidades cotidianas es el trágico símbolo del destino de muchos artistas. Tu no te encuentras entre ellos pero también padeces soledad, incompreensión, envidias, apuros económicos y en el ocaso enfermedad y padecimientos físicos.

Quieres ser comprendido por muchos y sólo te entienden pocos.

Todo es artificio, extravagancia, impostura, vulgaridad en las letras en boga que encarnan Cortázar y García Márquez. Pero esto no durará. Como pasaron los ismos en la pintura se desvanecerán los “booms” literarios, la tendencia populista, la grosería procalálica el naturalismo desvergonzado y las acrobacias idiomáticas. Se volverá a la sana escritura: lógica, claridad, sentido de proporción, respeto a la nobleza y la moral humanas, trama y relato coherentes, belleza expresiva. En otros términos: lo que hace la lectura clásica y lineal.

Has preguntado:

— ¿Por qué la mitad de mi obra permanecerá en la oscuridad mientras viva; y la otra mitad leída por pocos y entendida por menos?

Y Phantusus te ha respondido:

— Sólo Dios conoce sus caminos. Tu escritura necesita del tiempo y de las generaciones para revelarse. Iniciado intuitivo alcanzaste algunas de las claves finales, sorprendiste el latido de cosas y seres maravillosos, transmutaste la realidad en mundos ideales, verdad y fantasía fueron los astros en tu ruta, el sueño y el misterio, mitos, música y poesía acunaron tu pensamiento. Por todo esto se paga. Espera: tendrás tu lugar.

Se diría que vivimos sobre un volcán aquí y en todas partes. Cualquier día puede estallar la tercera guerra mundial, o entre estas montañas la revuelta social-comunista con ascenso al poder de obreros y campesinos.

Y aunque no ocurrieran ambas catástrofes la explosión demográfica, el hambre, la desocupación, el terrorismo, la criminalidad, el narcotráfico, el armamentismo, la lucha por el dinero fácil, la inmoralidad general están minando la sociedad humana.

¿Es éste el mundo creado por Dios o el desastre provocado por los hombres?

Sabemos tanto y hemos llegado tan lejos en el dominio de la materia y en el aprovechamiento de la naturaleza Que se diría fuerzas ocultas se rebelan contra tanta osadía.

Nadie puede predecir lo que sobrevendrá. Esperemos.

33

Ya todo fué dicho ¿qué más podrías agregar? A cada cual fué asignada tarea determinada en longitud y en profundidad. La tuya fué inmensa, variada, desconcertante, abierta a los horizontes sin cerrarse jamás. Si pudieras leer todo lo que hiciste y escribiste te asombrarías del poder fabulador que te fué otorgado. ¿Qué importa que tus mensajes no hayan sido descifrados? Trabajaste para el Tiempo.

Todo eso que creaste, ordenaste y dispusiste morosa y amorosamente en armonía visual será dispersado cuando te vayas: es ley de vida. Pero el trance de la arquitectura interior que te fue otorgado para organizar la materia e insuflarla de espíritu renacerá en otros iniciados intuitivos. Nada se pierde aunque mucha se oscurezca transitoriamente.

¿Lamentarse? De nada. ¿Agradecerlo? Todo.

Tus familiares y algunos pocos amigos son muy buenos pero no penetran al círculo mágico de tus imaginaciones y meditaciones. Estás solo.

Relecturas de Novalis, Hölderlin, Kleist, Jean Paul, Eichendorf, Brentano, Von Arnim, Schelling, Goethe. Luego sus intérpretes Brion y Béguin. Y Burckhardt, Jaeger, Brandés. Y Platón, Shakespeare, La Billa. Los poetas persas Khayan y Keats, Rilke, Tamayo.

Pero toda tu ciencia lecturil, no puede apartarte del Ande y su misterio acaso el mayor y más profundo enigma a cuyo encuentro fuiste destinado. NAYJAMA, LA TEOGONIA ANDINA, OLLANTA EL JEFE KOLLA y otras creaciones menores sobre el inexplorado tema andino no han sido entendidas todavía.

Al tiempo crepuscular puedes afirmar: busqué mucho, aprendí mucho, comuniqué más.

No es orgullo vano. Poesía y música, pensamiento y sentimiento fueron los cuatro corceles que movían tu carro. Conservar el alma pura y el corazón intrépido aun en medio de la turbulencia actual ¿no son dones de Dios?

El recuerdo de la Muy Amada y de la pequeñita que se reunió con ella sigue perfumando tus días. Los retoños te rodean de ternura. ¿Qué más podrías pedir?

Transformaste el monólogo vital en diálogo interior. Y también esta es regalo de arriba. El Ángel del Señor sigue desplegando sus alas invisibles...

Hay escritores-oraculares que ven en profundidad el presente, aproximan los pasados más remotos, se trasladan a tiempos que aun no han sido. ¿Pero cuántos entienden los oráculos de la escritura?

Estos escrutadores del destino y de sus épocas Son por lo general infortunados, desconocidos en vida, olvidados, siempre envidiados. Sólo alcanzan la fama póstuma. No comprenden que el alfabeto de las revelaciones les fué donado para regocijo íntimo y que ésa es la mejor recompensa.

30

No reproches a los hados el enigma de su silencio: trabajan invisibles pero constantes. Te reservan para las grandes alegrías de mundos ignorados más allá de la carne y los deseos.

Dice el oráculo que todo miente y es verdad todo.

34

Apareció una tarde de celajes purpúreos. Una larga veste de oro y azul escondía su cuerpo. Los rasgos de su cara me recordaron un rostro antiguamente conocido: ¿era yo cuando tenía veinte años?

Era un extraño y sin embargo aparentaba un ser íntimamente familiar. Una leve sonrisa distendía sus labios. Sus ojos irradiaban afecto comprensión. Oyéndolo yo pasaba de la oscuridad hacia la luz y a la inversa.

— He venido a prepararte — dijo con voz armoniosa. Nada tienes que temer. Tu onda asciende en espiral benéfica.

Y lo veía y lo escuchaba todavía receloso. ¿Era el último mensajero de revelación o el primer Ángel visible?

Hablaba pausadamente como buscando que sus palabras penetraran en la profundidad de mi alma.

— Tu vida se asemeja a un libro profundo rico de contenido y de color que se puede leer largamente sin agotar jamás la significación centelleante de sus páginas.

Gozoso me atreví a preguntar tímidamente:

— ¿Entonces no he sembrado en vano?

— Ninguna siembra sincera y esforzada es vana. Buscaste mucho, encontraste más. ¿Qué puede importarte el juicio ajeno? Conociste reinos que otros ni siquiera sospecharían. Verdad que no todos pudieron ser expresados pero el impacto interior quedó sellado para siempre.

Todavía azorado indagué:

— ¿He sido bueno, he sido malo, merezco premio o sanciones?

El visitante me miró con simpatía:

— Eso es cosa de Dios —repuso. Yo sólo penetré los arcanos del artista.

Ansioso interrogué:

— ¿En qué categoría clasificarías mi obra?

— En el espacio intemporal no existen clasificaciones: se es o no se es artista. Nada más.

— ¿Pero cuáles de mis libros quedarán y cuáles otros se desvanecerán en rápido olvido?

— La perdurancia de todo acto creador es indefinible; para la admisión terrena varia, ondeante, se va, regresa, se aleja definitivamente. Para lo eterno-espiritual queda.

Seguí indagando:

— ¿He cumplido como hombre y como artista creador?

— Son cuentas aquí en el ámbito térreo no las conocerás.

Hablamos largamente de la vida y de la muerte de lo visible y lo invisible, de Dios y la irreligión, del hombre y sus problemas, de la familia, la patria y la amistad, de los deliquios del paisaje, de los encantamientos de las artes y las letras; pero también del dolor y las amarguras del vivir, del misterio que nos obsede, de la inquietud que nos acosa sin descanso, del gran enigma cósmico que enlaza todo lo creado por el doble ligamen de sentimiento y pensamiento.

Conforme absolvía mis preguntas el visitante cambiaba su fisonomía asemejándose cada vez más a alguien que yo conocía...

— ¿Estuve destinado a ser el intérprete de mi suelo y de mis gentes? —interrogué.

—El Ande fué tu oráculo, la Montaña tu propulsora, lo indio tu acicate. Te aguardaban, tú sólo saliste a su encuentro.

—Quisiera saber cual fué el mejor regalo del destino.

—El hallazgo de la Siempre Novia.

—Espera: ¿por qué te pareces tanto a mí? —pregunté.

—Tú eres yo —dijo Phantasus y desapareció.

La presente primera edición de "PHANTASUS". Es propiedad del Editor Rolando Diez de Medina, © 2006. La Paz - Bolivia

[Inicio](#)